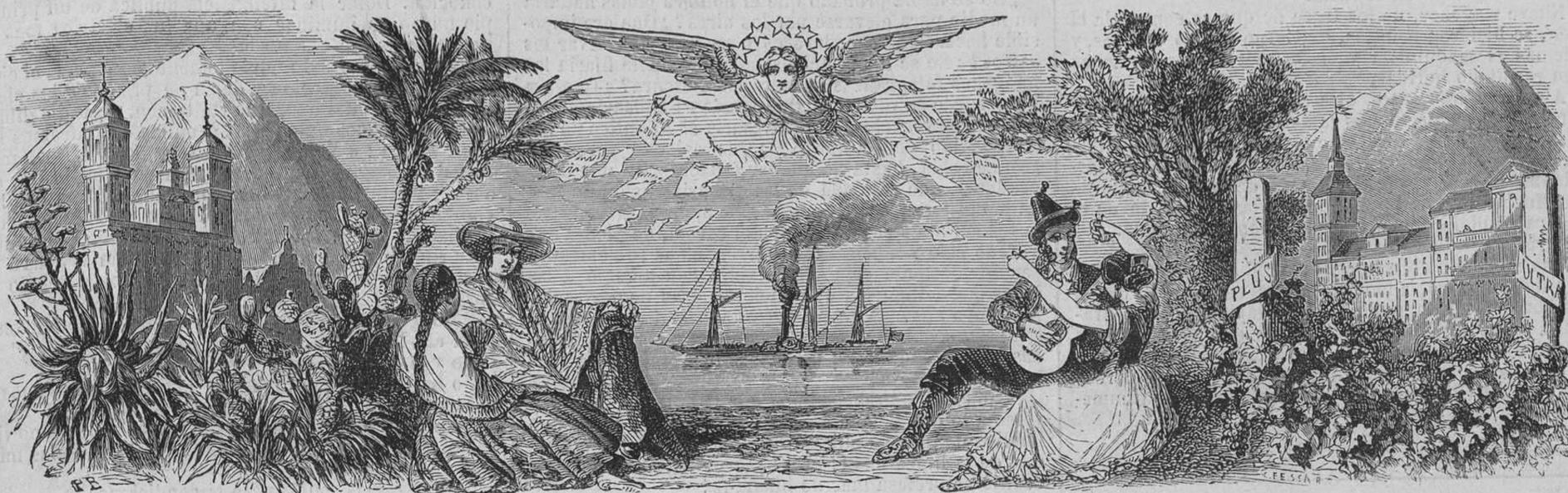


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 4 de LA MODA.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1872. — TOMO XXXIX.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 31. — N° 997.

SUMARIO.

La catástrofe del puente de Brague y la catástrofe de la montaña del Castillo en Niza; grabados. — Estudio sobre la importancia é influencia de la imaginación. — Un viaje de vieja, por Manuel Concha. — Aniversario del 28 de enero; grabado. — Revista de Paris. — Exposición Universal Argentina. — Los prisioneros de la Commune en Versalles; grabado. — Accidente de caza; grabado. — Bernabé Rudge. — Cuadros de viaje; grabados. — Actualidades, por Bertall; grabados. — ¿Qué hará de ello? — La Hungría; grabados.

La catástrofe del puente de Brague

Y LA CATÁSTROFE DE LA MONTAÑA DEL CASTILLO, EN NIZA.

Niza 26 de enero.

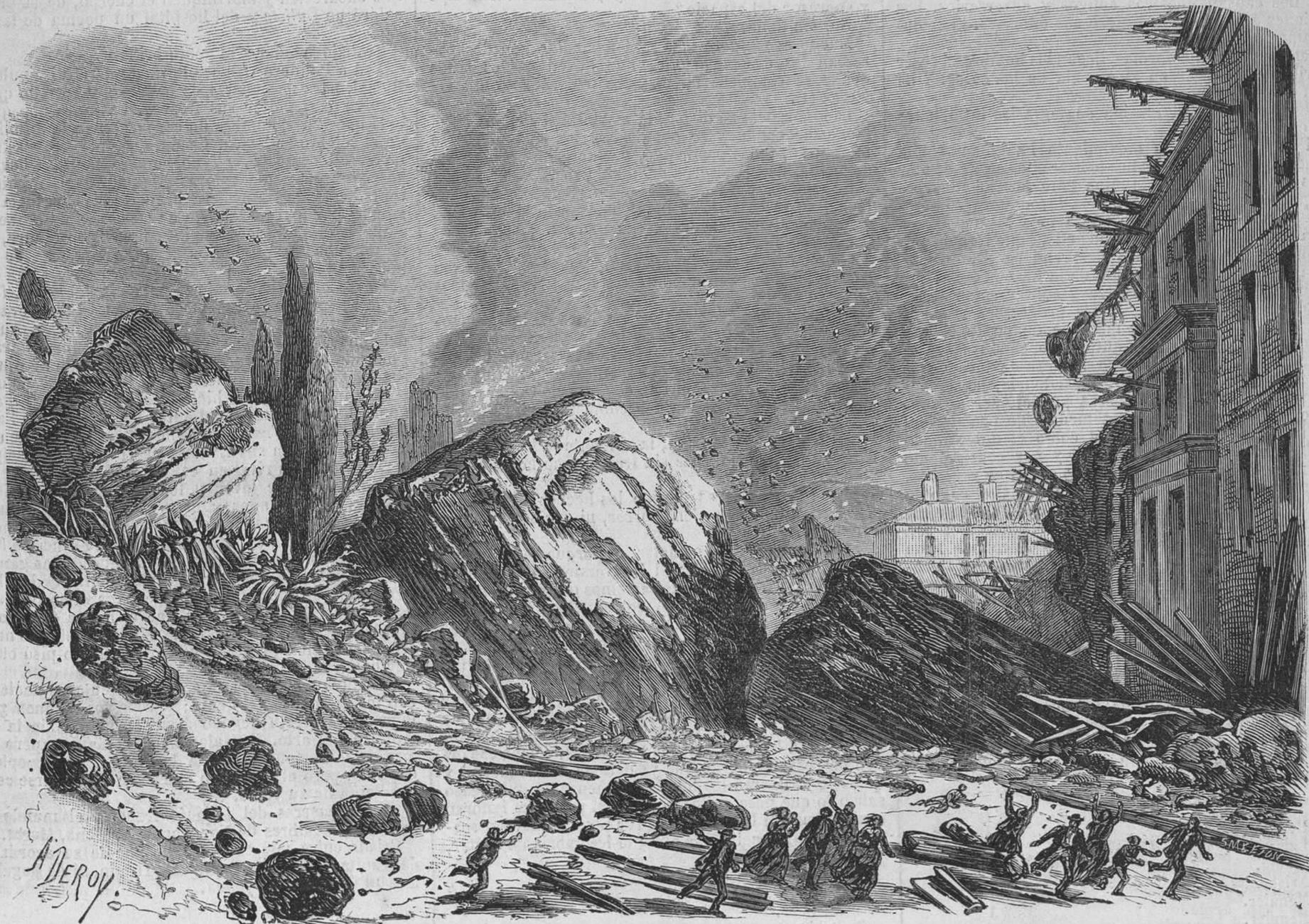
Ayer hemos tenido un horrible accidente en el camino de hierro; y en cuanto supe la noticia me tras-

ladé al punto de la catástrofe para hacer el dibujo que envío adjunto.

Sucedió la desgracia cerca de Antibes, en el puente de Brague, sobre el torrente del mismo nombre.

Las lluvias continuas de los días anteriores, habían aumentado mucho su corriente, y el agua que salió de madre y se esparció por los campos, acabó por arrancar uno de los arcos del puente en su furiosa carrera.

Media hora antes de que pasara el tren que debía hundirse en aquel sitio, se sabía ya en Antibes la fal-



La catástrofe de la calle Segurana, en Niza.

ta del arco: el tren iba de Menton á Grasse. Los empleados de la estacion de Antibes, temiendo la espantosa catástrofe, hicieron cuanto fué posible para evitarle. No obstante el agua que les cubria hasta los hombros, se adelantaron cuanto pudieron en direccion del puente, haciendo señales con faroles rojos. La lluvia era fuertísima y la oscuridad completa. Es de creer que no vieron las señales, pues el tren no interrumpió la marcha y cayó en el vacío.

Nueve wágones, de los trece de que se componia el tren, se hicieron pedazos, murieron cuatro viajeros, y además el maquinista y el fogonero. Diez personas han resultado heridas.

Algunas horas antes, otra catástrofe de distinta naturaleza, pero no menos lamentable, tenia lugar en Niza. Un enorme peñasco se desprendia de la montaña del Castillo que da frente al mar, cayendo con formidable estrépito sobre las casas de la calle Segurana. Muchas de ellas sufrieron averías, y una, la de la señora Baudoin, quedó completamente destruida. Por desgracia estaba habitada.

Una muchedumbre inmensa acudió al punto al lugar del siniestro, adonde llegaron tambien la tropa, los bomberos y la policia. Inmediatamente comenzaron á sacar escombros, operacion que duró toda la noche á la luz de las teas, y gracias á la actividad y al celo de los trabajadores se salvaron algunas personas; pero ha habido muertos y los heridos son numerosos. X.

Estudio

SOBRE LA IMPORTANCIA É INFLUENCIA DE LA IMAGINACION.

(Conclusion.—Véase el número 996.)

Hasta en las ciencias entró el horror al vacío, y la obediencia de los graves á volver al sitio que la naturaleza les ha designado; como si la naturaleza tuviese repugnancia y aficiones, á semejanza del corazón humano. Todavía decimos en el lenguaje científico «afinidad química,» como si en los cuerpos existiese vecindad ó parentesco. Hablamos de ideas claras y oscuras, como si en nuestro interior hubiese faros encendidos ó apagados; de pensamientos profundos, de conceptos sutiles, de sentimientos que dejan rastro, como si todos los fenómenos del ser humano fuesen análogos á los cuerpos sin vida (1). En las luchas sociales aplicamos á los principios políticos los afectos que nos causan nuestros amigos y adversarios. Las naciones agitadas personifican sus odios (2). El soldado ama su bandera.

Así, adorando las formas, llegan los hombres á creer sacrilegio el pensar en la esencia de las cosas. Y hé aquí el escollo.

El error de la imaginacion contagia las intuiciones del entendimiento.

Si siempre que hay movimiento imaginamos una mano que levanta (3), nunca pensaremos en descender á las profundidades de la mina para buscar el carbono que ponga en movimiento la locomotora y la fragata blindada: si siempre que vemos los artefactos de la industria imaginamos un artista que trabaja asiduamente, jamás podremos desprendernos de la idea de la vida, y por consiguiente de la idea de esclavitud como necesaria para la fuerza y conservacion de los Estados (4), y por tanto, jamás progresará la sociedad, porque el esclavo es máquina de produccion, y las máquinas no inventan, antes bien, son inventadas; si, en fin, imaginamos que la manera de suceder las cosas es consustancial con su existencia, jamás podremos concebir que las cosas puedan ser de otro modo, ni buscaremos nuevos medios de produccion, porque consideramos lo actual como el único modo posible, normal y necesario (5), y por consiguiente erigiremos en dogma invariable lo poco que sabemos, haremos de nuestra escasa ciencia actual el cuño de lo mucho que ignoramos, admitiremos lo que se ajuste á nuestros moldes y turquesas, rechazaremos con la virulencia de la ignorancia todo lo desconocido que reposa en el fecundo seno de la naturaleza, trataremos de anarquistas á los novadores (6), los perseguiremos sin razon pero de buena fe, y haremos néciamente de las preocupaciones vulgares el criterio permanente de los hechos del porvenir. La atmósfera caldeada de las arenas del desierto refleja invertidas las palmeras como si estuviesen bañadas por el agua: ¡ay del sediento viajero que dice: «solo el agua refleja;» que corriendo hácia un agua que no existe aumentará su sed con el cansancio!

¡Cuántos engaños de esta clase registra la historia, como si solo lo conocido pudiese ser el molde de lo nuevo!

Procusto, aquel famoso bandido de Atica, que simboliza tan perfectamente la tiranía del error y de las preocupaciones, hizo solo un lecho férreo, pero ¿cuántos han forjado los dogmas científicos? Millares: no tienen suma. ¿Y cuántos hombres de la ciencia oficial y dominante, escarmentados con los desengaños de la historia, se dicen de buena fe: «¿Si será lo que enseñó distinto de lo que digo?» ¡Ah! muy pocos.

¿No se habia probado que el hombre jamás hallaria un medio para elevarse por los aires? ¿Que era imposible hacer lentes poderosas para poder observar los astros? ¿No se habia demostrado que nadie fijaria las imágenes fotográficas en la cámara oscura? ¿Que era un absurdo la vacuna? ¿Que jamás se aplicaria el vapor á la navegacion, ni atravesaria el Atlántico un buque movido por el fuego? ¿Que existian aerolitos? ¿No se sabia, hasta no quedar espacio para una duda prudente, que mas allá de las Canarias habia un mar de betun y azufre hirviendo? ¿No ajaba la frescura de la tez del bello sexo el calor del carbon de piedra?

Todo esto y muchos otros errores mas se demostraron lógicamente como indudables con arreglo á las ideas que tenían los que hicieron esas demostraciones, cuyo absurdo se ha encargado el tiempo de patentizar, convirtiendo en axiomas todas esas pretendidas imposibilidades. ¡Y siempre hay prevencion contra el que innova!

¡Lamentable preocupacion que cree limitado el universo á lo que hemos conseguido saber de él, y que implica una imposibilidad de aumento en las potencias de la humanidad! ¡Oh! ¡Error tanto mas temible cuanto se profesa mas de buena fe!

¿Quién el siglo pasado pudo prever las maravillas del presente? ¿La fuerza del vapor? ¿Los dibujos de la luz? ¿La instantaneidad de la electricidad? ¿El rayo dominado? ¿Europa y América hablando por medio de un alambre como dos vecinos desde sus respectivas ventanas? ¿El habla dada á los mudos? ¿Los huesos regenerados? ¿El dolor suprimido?

El hombre dice hoy al Océano: «¡Aunque rujas, me tienes de llevar!» y dice al huracan: «No te temo, haz volar mi bajel,» y á la electricidad del rayo: «Alumbra mis ciudades, mis faros y mis buques.» Y donde quiera hay una fuerza no domada todavía, allí se oye esta feliz y profética amenaza: «Yo te esclavizaré.»

¡Oh! ¿Qué sabemos todavía lo que hará la humanidad? Ya nos quejamos de lo dispendioso del vapor, murmuramos de los caprichos de la electricidad, nos incomoda la monotonía de tintes de los dibujos de la luz. Esperamos algo mejor: ¿lo esperamos? es que viene.

Basta quererlo y será.

¿Es por ventura el esclavo que temblaba ante las fuerzas de la naturaleza y las tiranías del poder, el hombre libre domador del rayo, anulador del tiempo y supresor del espacio?

No, sin duda.

Mucho es ya, pero mas será á medida que desaparezcan las preocupaciones que huyen de los sitios donde se establece un alambre telegráfico ó una vía férrea (1).

La ignorancia se disipa, la mortalidad disminuye, el bienestar cunde y se populariza, las costumbres se morigeran, todos participan, por derecho propio y reconocido, de los tesoros de la vida social...

Hé aquí la obra de este siglo. ¡Semejante espectáculo no se ha visto en los tiempos de la historia! (2).

Anular resistencia es crear fuerzas. ¡Abajo toda preocupacion!

Caiga el menosprecio con que algunos estigmatizan la imaginacion por ser contraria injusticia tal al mecanismo del progreso.

La imaginacion explore las regiones de lo desconocido, y la inteligencia rija las regiones descubiertas; no estorbe la fantasia el imperio de la razon, ni la inteligencia impida las exploraciones de la fantasia: descubra la imaginacion una combinacion nueva, y el entendimiento desprenda del fenómeno la idea que lo rige.

Los hechos son la fruta, la simiente se ha de buscar dentro: no hay simiente sin fruta, como no hay ciencia sin hechos.

Si cae la magia, es porque los hechos demuestran que la naturaleza no tiene horror, ni aficiones, ni personalidad.

Si nadie teme á los cometas, es porque se ve que no dan ni quitan reinos (3): si la aversion al carbon de piedra desaparece, es porque vemos que nos da desinfectantes, aceites, esencias, colores, luz, calor y movimiento; si adelanta la teoría del calor, es porque progresan las máquinas; si adelanta la astronomía, es porque mejora la fabricacion del vidrio; si la vida media del hombre (que antes era veinte y nueve años) se ha elevado hasta cuarenta, demos gracias al telar mecánico, que fomenta el aseo con la baratura de las telas, á la vacuna, á la química, á la navegacion y al comercio, á las asociaciones científicas, á todo ese orden de cosas moderno que ya detiene á la muerte, y que solo vituperan los hombres insensatos que acaso saben lo que pasa en los gobiernos, pero que ignoran completamente lo que pasa en la humanidad, sin sospechar que la vuelta á lo antiguo les habria de costar,

- (1) Berthoud.
- (2) Mennier.
- (3) Babinet.

á ellos y á los seres de su amor, diez años de su vida (4).

Ver hechos nuevos la imaginacion y extraer de ellos ideas generales la inteligencia, es el mecanismo del progreso. Estimar en mas el hecho que la idea es el pecado de la imaginacion. Tomar lo conocido por norma del porvenir es el crimen del entendimiento. Descubrir un hecho nuevo es sembrar una simiente desconocida. Dotar la inteligencia pública de un principio nuevo es iluminar con una luz eléctrica mas la noche del saber.

Para adelanto del mundo fomentemos, pues, el ejercicio de la imaginacion y dejen de presumir las ciencias humanas del don, que no tienen, de la infalibilidad. Sembremos de cuantas semillas encontremos sin decir nunca: «Ya no puede haber mas.» No llamemos á la imaginacion, como está de moda, *la loca del hogar*; y tengamos en cuenta que sus locuras han hecho posibles las imposibilidades que otros siglos graduaban de milagros; ni pongamos al genio de rodillas ante soñadas barreras, porque si no jamás alzará su vuelo para verlas por debajo de sus ojos y debajo de sus alas.

Pero ¿cómo inventar? ¿Hay reglas y condiciones para ello?

No y sí.

No hay reglas, porque si las hubiese llegaríamos á lo nuevo por conclusiones lógicas de la mente.

Pero hay condiciones, pues si no las hubiera no viéramos á la invencion producirse siempre en las mismas circunstancias.

No hay reglas, pues, pero sí condiciones.

Como el árbol no nace ni se arraiga en áridos arenales, como tampoco no prospera si no lo plantan en terreno adecuado, como solo levanta majestuoso su valiente copa en el clima para que ha nacido, así el genio se extingue en la ignorancia; así tampoco brilla en la esclavitud; así se alza hasta la luz de la inmortalidad cuando se cria entre las letras, en los museos, en medio de las artes, en el aire de los talleres y en las fábricas, en la superficie de los mares, en el regazo maternal de la naturaleza.

El trabajo y la atmósfera en que vive el artista son las condiciones de su desarrollo.

En la simiente, que se ve, existe indudablemente la fuerza misteriosa que la convertirá en árbol gigante si las fuerzas invisibles de la vegetacion cooperan á su crecimiento; pero suprimid la vegetacion y no habrá árbol. Suprimid la atmósfera del taller ó de la academia, y matais al artista, matais al inventor.

El genio quiere la holgura de la libertad; no le pongais traba ninguna intelectual, porque no trabajará; pero no le cerreis las puertas de la fábrica ni del museo, porque allí solamente está el aire que necesita beber la inspiracion. Quede libre el espíritu, que aunque encarcelen y mortifiquen el cuerpo, de la prision saldrá un *Quijote* y del hospital un poema de las *Lusiadas*.

Trabajo y taller y el genio brillará.

Ved á Polidoro Caldora llevando á los discípulos de Rafael, para no morir de hambre, el yeso de que se servian para pintar sus frescos. La impresion que el arte hace en el hombre de carga, convierte á Polidoro en el célebre artista, delicado, elegante, sobresaliente en el claro-oscuro. ¿Y no empezó tambien llevando yeso y preparando colores Miguel Angel, inimitable imitador de la naturaleza hasta la mas perfecta ilusion? ¿Quién si no la vista de las obras de Rafael hizo decir al que primero pintó figuras en el aire, hijo de un pobre campesino, el gran Correggio: «Yo tambien soy pintor?»

En el Correggio dormia la potencia del genio, faltaba la chispa que lo inflamase, como á la pólvora que aguarda falta la cápsula que prenda el fuego. Andrés del Sarto, el pintor sin defectos, y Anibal Caracci, ¿habrian sido artistas sin la vida del taller? Sin los socorros que primero llevaron al Poussino á Roma, y sin las intrigas que le hicieron despues dejar á Paris, nunca habria merecido el autor del Diluvio ser llamado *el Rafael de Francia*. El Dominiquino, á quien dicen envenenaron sus rivales, el Tintoretto, discípulo del Tiziano y su rival en colorido, el Tiziano mismo, el artista siempre jóven y fecundo, aunque murió de noventa y nueve años, amigo de Carlos V, por cuyas liberalidades rehusó las ofertas del papa Leon X y despreció las honras del vencido en Pavia Francisco I, no habrian sido lo que fueron, admiracion de las gentes, sin la atmósfera social que respiraban. ¿Quién hizo artista al Perugino, protegido del papa Sixto IV, y avaro maestro de Rafael, mas que el haber entrado de sirviente en casa de un pintor? ¿No se transformó nuestro Murillo en un hombre nuevo en cuanto pisó el taller del gran Velazquez?

Sin duda que estos famosísimos pintores nacieron con los gérmenes del genio; pero estos mismos gérmenes no habrian llegado á su desarrollo sin la atmósfera del arte. Con alas nace el águila, pero sin aire no se remontará hasta las nubes. Alas desplega el genio, pero el medio en que tiene de elevarse es la condicion de su vuelo.

Sin las guerras del imperio francés, el mundo no sabria los nombres de Ney, Junot, Massena, Murat.

Criado entre mieses y frutales nadie se acordaria del capitán Cook, ni de Duguay-Trouin, ni de Magallanes, ni de Vasco de Gama.

- (1) Broca.

- (1) Heredia.
- (2) Lamartine.
- (3) Liebig.
- (4) Aristóteles.
- (5) Mennier.
- (6) Mennier.

Sin el espíritu social de sus respectivas épocas, no registraría la historia los nombres de Beranger, Boileau, Molière, Shakspeare, Cervantes, Bossuet, Demóstenes, Sófoeles.

El príncipe de la botánica, el gran Linneo, dejaba los libros por observar las plantas del jardín de su padre. Sus maestros le declararon incapaz y nulo para todas las ciencias, y sus desdichas le condujeron á remendar zapatos durante la noche! para poder seguir su pasión favorita en la Universidad de Upsal. Sin un jardín, el gran botánico habría sido un perverso menestral.

Como las plantas cuando nacen en la oscuridad irguen su tallo hasta encontrar la luz que necesitan, así los genios cuando no nacen en la atmósfera de la invención llegan á ella.

Palissy, el inventor de la cerámica, que no teniendo leña para sus experimentos quemaba las vigas de su casa, consintiendo en dormir á la lluvia antes que apagar sus hornos; Arkwright, el barbero inventor del telar mecánico, que abaratando los tejidos ha hecho vulgar en este siglo lo que el siglo anterior era prenda de lujo, la mudable camisa, condicion de la higiene y del aseo, de la salud y de la alegría, del bienestar y de la longevidad; Franklin, Balzac, Goldschmidt, Ruhmkorff, son dignos de la admiración del mundo, porque no habiendo nacido en la luz tuvieron que elevarse á ella; pero ni aun así son excepción; porque solo cuando entraron en el medio conveniente á su desarrollo pudieron elevarse hasta la gloria en alas de sus trabajos y experimentos. El medio en tal sentido lo hace todo.

Véase, pues, cuán preciso es en la actualidad combatir la anti-científica exageración con que en nuestro país logra inmerecida voga el olvido y hasta disimulado menosprecio en que yacen los estudios de la imaginación, por ensalzar por fuera de límite la especulación y la teoría.

Sin la ciencia, el mundo no sería lo que es; pero es un error, y por desgracia muy popular (el error es siempre popular), la exagerada creencia de que solo las teorías y las escuelas puramente teóricas producirán nuevos inventos y mayores adelantos, y formarán exclusivamente los hombres capaces de empujar nuestra civilización.

Muy al contrario, los grandes talentos que hacen avanzar al mundo, inventan porque ven, y ven porque los objetos se les ponen delante de los ojos.

Es, pues, infundada y altamente retrógrada la preocupación de estos tiempos contra la más original de nuestras facultades, y es por tanto preciso y patriótico hacer patente que los grandes talentos á quienes debe algo el mundo se nutren respirando la atmósfera práctica de los museos, de las artes, de la industria y de la mecánica; es, pues, urgente decir ya que no los libros, sino el trabajo caloso de las manos, y el ruido de los talleres, y el vivífico espectáculo de las fábricas, y las emanaciones germinadoras y prolíficas de las galerías de estatuas y pinturas, y los calorosos apóstrofes de la tribuna y el periodismo, son los inspiradores de todos los adelantos y progresos materiales y sociales. Es imprescindible popularizar la idea de que casi todos los descubrimientos con que se honra nuestra civilización, se deben á los hombres de tino práctico y experimental, y no á los hombres de teorías.

¿Eran lo que se llama hombres teóricos los antiquísimos descubridores del vidrio, de los pozos que hoy decimos *artesianos*, de los puentes colgantes? ¿Eran hombres de ciencia los árabes españoles que nos legaron la pólvora, el papel, los relojes? ¿Había dedicado sus vigilias á integraciones laboriosas Bertholdo Schwartz, inventor del aliaje de los cañones y creador en tal sentido de la actual artillería? ¿Juan Gutenberg, inventor de la imprenta? ¿Bernardo Palissy, inventor de la cerámica? ¿Era hombre de ciencia el napolitano que dicen inventó la brújula? ¿Lo eran los niños que descubrieron los anteojos de larga vista, si la tradición no miente?

Pastores del Languedoc eran los que descubrieron la vacuna, y cantor del teatro de Munich el que halló la litografía. Clérigo era Chappe, á quien, niño, se le ocurrió el telégrafo aéreo. Por aprendiz en una fábrica de jabón empezó el inventor del para-rayo, el famoso Franklin, luego cajista de imprenta, que «arancó el rayo al cielo y el cetro á los tiranos» (1). Los inventores de la fotografía, cuya importancia científica no es dable todavía calcular, fueron Niepce y Daguerre, aquel subteniente de caballería retirado, pintor éste. Herschell, el gran astrónomo, era organista.

Pero las aplicaciones prácticas del vapor hablan aun con mayor elocuencia.

Lavery, Newcomen y Cawley, inventores de la máquina atmosférica, eran minero, cerrajero y vidriero respectivamente. El útil perezoso, el que hizo automáticas las máquinas de vapor, el famoso Humphry Potter, era un niño que realizó su grandioso invento por dejar sola la máquina funcionando mientras él se iba á jugar con sus compañeros. Watt era un pobre y enfermizo constructor de instrumentos de matemáticas. Carretero era Evans, aplicador del vapor á la alta presión. Aprendiz de joyero y pintor en miniatura, Fulton, el que aplicó el vapor á la navegación. Organista, relojero y joyero fué Dallery, el primer investigador de la propulsión por la hélice, Seguín (ainé) el inven-

tor de la caldera tubular, condicion inexcusable de la locomotora, nació respirando la atmósfera de la fábrica de su tío Mongolfier, el fabricante de papel inventor de los globos aerostáticos. George Stephenson, el feliz constructor de la locomotora, mecanismo social aun más que material, destinado á la vez á suprimir el espacio y las nacionalidades, el gran Stephenson pasó los tristes años de su infancia en las minas de Inglaterra.

Estamos abrumados de lo que se llaman hombres teóricos: no tenemos quien nos haga un alfiler, quien nos fabrique una lima. Al extranjero va la fortuna del país. La altivez castellana en todas sus teorías es tributaria de las minas de carbon.

Por orgullo, por honor, por verdadero patriotismo, por veneración á nuestros artistas sin igual en el mundo (¿dónde hay otro Murillo, otro Calderon, otro Cervantes?) por interés para el porvenir restablezcamos el equilibrio, suprimiendo la exageración. Hay ciencia teórica, pero fomentemos la imaginación; hay libros y tratados, pero abunden gabinetes y museos; hay fórmulas, pero no falten experimentos.

Un viajero trae de apartados climas un alimento nuevo: los agricultores lo siembran y aclimatan, y en los años de cosechas perdidas la nueva planta libra al país de los rigores del hambre. ¿Será lícito preguntar quién es más útil, si el viajero ó los agricultores? No es lícita pregunta. El progreso humano no reconoce grados en la utilidad: todos los resultados son igualmente estimables si todos son necesarios. El viajero con sus dos solos brazos no habría podido sembrar todos los campos del país: los labradores con su millón de brazos y sin la semilla que les trajo el pródigo viajero nunca burlaran los rigores del hambre ni obviarían á las inconstancias de la vegetación. No hay, pues, ni más ni menos, en cuanto á la utilidad: la pregunta no es lícita; pero si es lícito é ingrato despreciar al viajero que nos trajo la semilla, por ensalzar á los agricultores, que nos dan el fruto. ¡Y cuántos ejemplos de esta ingratitud llenan la historia! América no tiene el nombre de Colon; sabemos cómo se llamaba Atila, é ignoramos el nombre del inventor del pan.

No seamos, pues, ingratos. Quédense á un lado la vergonzante hostilidad contra el arte, y nosotros sigamos todos gloriándonos con los triunfos obtenidos por la imaginación creadora.

Industriales y artistas, ya sabéis el secreto de la inspiración.

Trabajo asiduo y contemplación amorosa de las obras del genio.

El trabajo, que es la honra del hombre libre, es la fuente de la inspiración y el mayor de los placeres. *Labor ipse voluptas* (1).

Trabajad, pues, y vivid en medio de las artes. Nadie puede decir cuándo se presentará á vuestra fantasía el ideal que buscáis; pero persistid, que la intuición vendrá (2). Vivid en nuestro siglo: vivid solo del espíritu nuevo, pero respetad la tradición de las escuelas, que no están reñidas del respeto y el progreso; venerad los estudios del antiguo, cuya contemplación nos hace sus contemporáneos y compatriotas; veneradlos como veneramos á un padre, pues no todo en lo pasado son los agujeros del 13, ni la sal derramada, ni el horror al vacío; y ved que la locomotora no ha declarado inútil al caballo, ni la hélice ha hecho abandonar el remo, ni los frutos coloniales han podido prescindir del antiquísimo pan. Creed que el progreso no siempre consiste en sustituir, y casi siempre en acrecentar; y no porque se descubra un nuevo continente es obligación de que se quede sin habitantes el antiguo. Mirad á todos los horizontes, á la tierra y al cielo, que algun día, como Colon, vereis de forma circular la forma de los eclipses en la luna, y desaparecer los bajeles desde abajo hácia arriba, y entonces hareis inducciones que os llevarán á descubrimientos portentosos que acaso logren modificar la ciencia.

Observad, pues, vosotros mismos, y no os dejéis llevar de lo que os digan teóricos nebulosos, que eso sería no mirar el sol, sino enamorarse del reflejo de un reflejo; sería hacer la pintura de otra pintura, y desviarse á sabiendas de la hermosura del original (3).

Pero advertid que en esos tiempos de transición y de ondas encontradas en que hemos nacido, necesitáis gran rectitud de juicio para distinguir entre los gérmenes de felicidad y las semillas de perdición, entre la revolución del progreso y la revolución del retroceso, que no es lo mismo el agua Tofana que el telégrafo Senoir, ni las bombas de Orsini son la locomotora Stephenson, ni los clubs incendiarios son las sociedades de Lesseps y de Grattoni, que han dado por resultado en nuestros días el atravesar el Istmo de Suez uniendo el mar Rojo al mar Mediterráneo, y perforar los Alpes por el Monte Cénis.

Prostrados ante el genio de los Murillos, Velazquez y de toda nuestra tradición artística, ni ametrallareis lo antiguo ni os pondreis á sueldo de las corrupciones de la sociedad. Tened conciencia de vuestra sagrada misión, notando que, aunque lo nuevo cambia y modifica lo antiguo, el cambio no se verifica ni las ideas

(1) King.

(2)Ego nec studium sine divite vena,

Nec rude quid prosid video ingenium: aterius sic Altera poseit, opemres, et conjurat amice.

(3) Walt, Isaac.

cunden por las masas hasta que el arte los encarna en una forma: entonces solamente millares de martillos se ponen á derribar los ídolos destronados. Mas pudo el *Quijote* contra todas las obras de caballería de su tiempo, que los esfuerzos de todos los hombres sensatos de aquel siglo de oro de nuestra literatura; *la Cabaña de Tom* decidió la conflagración de los Estados Unidos. La filosofía habla solo al alma, y el hombre, que también tiene corazón, necesita que se le hable igualmente al sentimiento.

No pinteis nunca al descarnado personalismo; no ensalceis la igualdad ni la nivelación con los protervos, ni pinteis hermosas á las generaciones que se arrodillan ante el becerro de oro, ni lisonjeeis las preocupaciones de la época pintando á un cometa que da un reino. El insomnio de ojos desencajados, el remordimiento escondiéndose en los abismos, la maldad suicidándose... estos sean los asuntos de la estatuaría sublime que transforme los sentimientos de nuestros contemporáneos.

Encaminaos á la humanidad, no á los hombres, y las obras de vuestra imaginación que ejecutaren vuestros manos vivirán más que vosotros.

Ite, audaces.

Las glorias de la tierra serán para vosotros.

EDUARDO BENOT.

Madrid y octubre de 1871.

Un viaje de vieja.

Perú, departamento de Junín.

APUNTES DE CARTERA

POR MANUEL CONCHA.

(Conclusion.)

En una de sus fiestas de toros, notamos uno á que son sumamente afectos y cuyo nombre no recordamos. Consiste en una mesilla en cuya cubierta están pintadas las cuarenta cartas de la baraja, al pié de cada una de ellas hay un agujero en forma de media naranja ó hemisferio; el que juega tira una y más bolas, y según los hemisferios que han ocupado, gana ó pierde.

Como hemos dicho, á pesar del poco afecto que con sobrada razón abrigan los cholos para con los blancos, uno de sus mayores placeres es que estos saquen de pila á sus hijos. En este caso el padrino debe acompañar al padre, siquiera un momento en la celebración, y beber con la comadre ó con el progenitor, un vaso; de otra manera se ofenderían altamente.

Del mismo modo acostumbran, sin duda por especulación, cuando lidian toros, dedicar á alguna persona un animal, al que se esfuerzan por sacar las mejores suertes.

Mi amigo don Samuel Lecaros, y el que esto escribe, tuvieron este honor, y debemos decir en obsequio de la verdad, que la lidia estuvo divertida como pocas, sobre todo una en que un cholo cabalgó en el toro hasta cansarlo sin haber sido derribado una sola vez.

Casi siempre sus fiestas, ya sean motivadas por un nacimiento, velorio, matrimonio, etc., terminan con una *pachamanca*.

Hé aquí lo que llaman *pachamanca*: se forma un horno de piedras puestas unas sobre otras sin argamasa alguna, en seguida se le pone fuego debajo con el objeto de enrojecerlas; una vez obtenido este grado de calor, se destruye el horno, se retira el fuego y las piedras, se colocan hojas de plátanos, se pone encima un cordero ó puerco, aves, yucas, camotes, ocas, papas, etc., se cubre todo con nuevas hojas, se colocan encima las piedras enrojecidas que forman el horno, y sobre todo esto se pone tierra á fin de que no se escape el menor vapor, y como complemento indispensable de la *pachamanca*, se coloca sobre la cúspide una cruz, sin lo cual no saldría buena la operación.

Un cuarto de hora después ó más, según lo que se ha puesto, todo está asado, conservando su aroma y su jugo, y sobre todo el mayor aseo. La carne preparada de esta manera tiene un sabor exquisito y toma una ternura admirable. El más eximio cocinero, con ayuda de las más refinadas reglas del arte culinario, no llegará jamás á presentar una pieza asada de la manera que en sus *pachamanca*s lo hacen los cholos.

Acostumbran también dejarse crecer el pelo en la parte anterior de las orejas, lo que les da el aspecto de perros de Terranova; cuanto más larga es la madeja, más mérito tiene, y su poseedor adquiere cierto aire de orgullo y seriedad. Costumbre tanto más ridícula, cuanto que conservan en el resto de la cabeza el pelo corto.

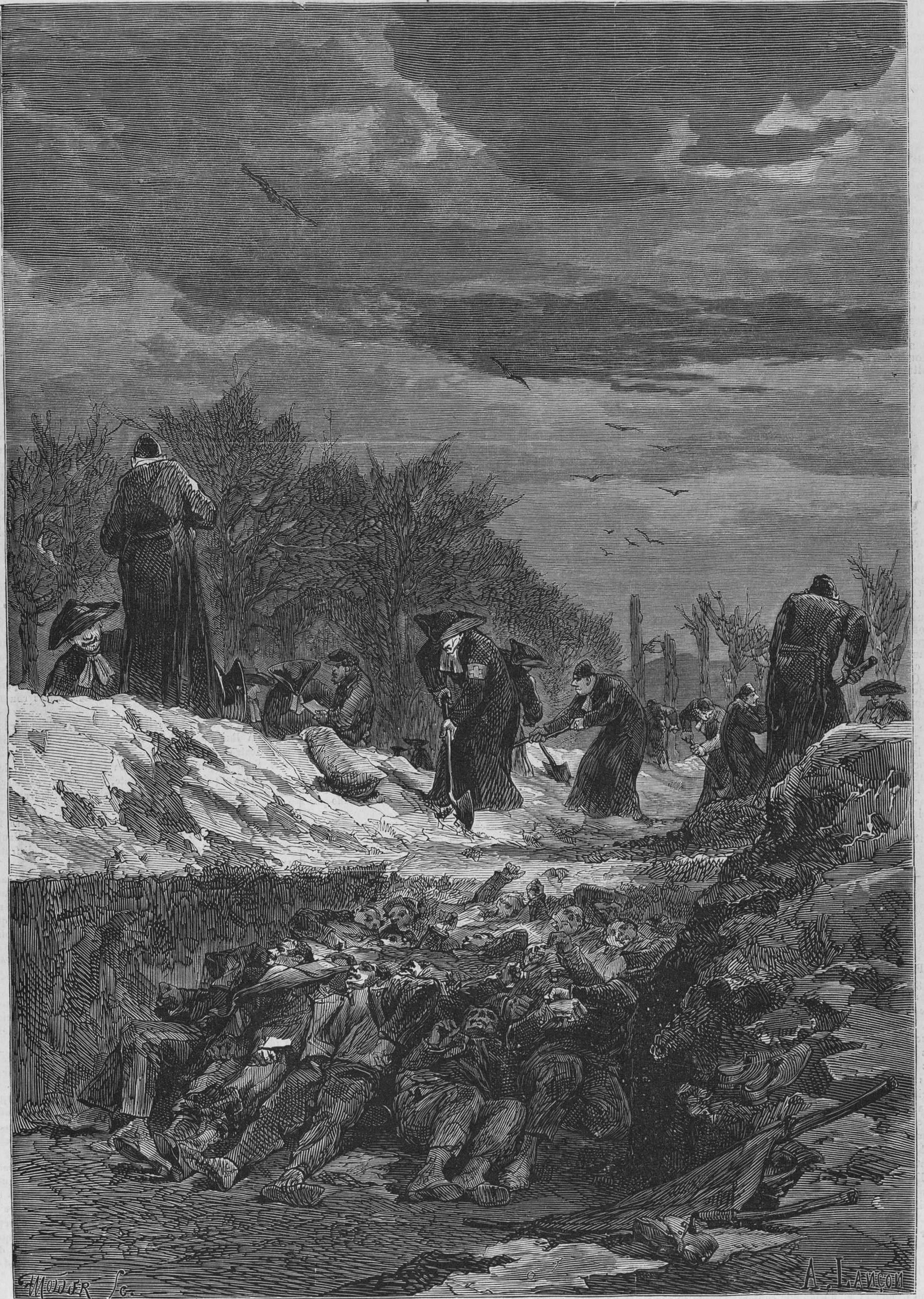
Esta costumbre proviene de la antipatía que abrigan por los militares, y como muchos de ellos pertenecen al ejército, esta es una prueba que acredita que no son soldados, ó por lo menos que han dejado de serlo

(1) Turgot. *Eripuit cælo fulmen sceptrumque tyrannis.*



Accidente del puente de Brague en el ferro-carril de Tolon á Niza.

W. H. JON



ANIVERSARIO DEL 28 DE ENERO. — Recuerdo del sitio de Paris : los entierros en el campo de batalla de Champigny.

mucho tiempo; de aquí el mayor mérito del que lleva el mechon mas largo.

Fieles á sus hábitos y costumbres de miseria, no trocarian voluntariamente su situacion por la del soldado, en la que indudablemente ganarian. La mayor parte de sus tocadores de clarinetes, bombos y tambores son desertores, y aunque el jefe civil tiene conocimiento de esto, los deja libremente ejercer su profesion adquirida en el ejército, en las procesiones y otras fiestas.

El traje del cholo consiste en calzon corto, medias de lana basta y ojotas de cuero que llaman *llanques*, camisa de sayal, algunas veces chaleco; pero casi siempre poncho.

Las mujeres usan una saya llamada *cotona*, con muy poco ruedo, semejante á la sotana de un clérigo, de una especie de bayeta de color azul que ellas tejen. En seguida viene el *anaco*, especie de delantal de color negro que colocan sobre la cadera izquierda; esta pieza del traje es el distintivo con que simbolizan el luto por la muerte del último rey inca Atahualpa. Completa el traje una manta ó rebozo que apellidan *lliclla*, que sujetan sobre el hombro con un gran prendedor toscamente labrado llamado *topo*. Cuando están de luto dejan flotar á la espalda el rebozo (1).

Generalmente andan descalzas, y solo las acomodadas usan el zapato recortado; tanto los hombres como las mujeres acostumbran el sombrero, prenda indispensable en estos lugares siempre despejados y en donde el sol hace subir el termómetro á considerable altura.

XII.

DOS PALABRAS.

La ciudad de Jauja tiene una gran reputacion por su temperatura para las enfermedades del pulmón: tal es la opinion general de los peruanos.

Pero, ¿en qué se funda esta opinion?

¿En su situacion elevada y en su seca atmósfera?

Semejantes cualidades y requisitos poseen muchos otros lugares que se encuentran en el mismo meridiano, y que tienen caminos al menos, porque el único que existe de Lima á Jauja no es camino, y los enfermos tienen necesariamente que sucumbir ó agravar su enfermedad por su aspereza y falta de recursos.

Además, ¿cómo, si Jauja posee semejante fama, por qué la Universidad de Medicina no ha mandado una comision que estudie su temperatura, determine la época mas conveniente para los enfermos, y las precauciones que deben tomar á fin de que no sucumban á centenares, como sucede?

Que en Jauja haya sanado uno que otro enfermo, ¿qué prueba esto? ¿Justifica, acaso, su innmerceda fama?

Muy útil seria que se hiciera un estudio científico de la temperatura de Jauja, y si esto llega á realizar la Universidad de Medicina de Lima, haria un servicio á la humanidad, evitando que doctores que solo conocen á Jauja por su innmerceda fama, envíen á sus enfermos á una muerte cierta y segura.

Hemos escrito lo que antecede sin otro objeto que hacer una pálida descripcion del camino de Jauja, descripcion que, Dios quiera, tengan presentes algunos médicos y algunos enfermos; los primeros por su reputacion, y los segundos por su salud.

Revista de Paris.

Paris sabe ya á qué atenerse: la Asamblea nacional y el gobierno permanecerán en Versalles. El dia 2 de este mes de febrero se resolvió esta cuestion planteada en la proposicion Duchatel, que concen ya nuestros lectores. M. Vautrain, el nuevo diputado por Paris, pronunció un discurso en favor del regreso, donde repitió los argumentos de fuerza incontestable que se habian hecho valer en las discusiones anteriores sobre el mismo asunto, no menos que en el seno de la comision de iniciativa parlamentaria; la division del gobierno entre Paris y Versalles es fatal para la buena expedicion de la administracion pública; la residencia en Versalles se interpreta por muchos como una señal de peligro en Paris; los extranjeros que habian hecho de Paris su ciudad de adopcion están ausentes; los negocios comerciales están paralizados.

Estas son las consideraciones de actualidad: luego hay las consideraciones históricas, que no olvida M. Vautrain; pero unas y otras son rechazadas con interrupciones tumultuosas, mientras lo van á ser definitivamente por los votos.

(1) Con los trajes ha sucedido lo mismo, á excepcion de las mujeres, que las mas usan el *Anaco*, especie de túnica, que es el mismo que conservan desde su remota gentilidad.

(Antiguo *Mercurio Peruano*, tomo II, pág. 126.)

— La tradicion secular aconseja tambien el regreso, dice M. Vautrain. ¿No habeis visto á reyes de Francia instalarse en Paris despues que la capital fué teatro de sucesos no menos terribles que los que hemos presenciado? ¿Acaso Enrique IV, despues de haber tomado á Paris al cabo de un largo sitio, no se instaló en Paris?

— Y le asesinaron, interrumpe el duque de Bisaccia.

Pero cuando M. Vautrain levantó en los bancos de la mayoría una furiosa tormenta, fué cuando dijo que la insurreccion del 18 de marzo no habria tenido efecto si la Asamblea hubiese estado en Paris.

M. de Juigné gritó que los alcaldes de Paris se pusieron al frente de la insurreccion, y la izquierda entera se levantó apostrofando al interruptor. Varios alcaldes de Paris tomaron por asalto la tribuna á protestar contra aquellas palabras, que M. de Juigné debió explicar diciendo que habia aludido á ciertos alcaldes, no á sus colegas de la Asamblea.

La parte que tomó el gobierno en esta discusion fué muy débil.

M. Thiers, presente en la sesion, no desplegó sus labios; y únicamente M. Casimiro Perier, ministro del Interior, expuso que desearia que la discusion se aplazara. A esto se limitaron sus ambiciones.

La Asamblea desechó todas las proposiciones de aplazamiento por tres ó seis meses, y luego aprobó por 366 votos contra 310 la proposicion de la comision contraria al regreso.

Todo el gobierno, y M. Thiers á la cabeza, votó con la minoría, y M. Casimiro Perier se mostró tan afectado con el resultado, que dió su dimision inmediatamente.

Paris ha soportado con toda resignacion este nuevo golpe, pensando que por mas que no lo quieran en Versalles, será siempre la capital, y que un dia ú otro los mismos representantes de la nacion, hoy tan severos, acabarán por reconocerlo.

De todos modos, la cuestion no podrá tratarse ya en la Asamblea antes de seis meses.

Entre tanto se ve con dolor que esa misma Asamblea celebra sesiones acaloradas, en las que salen á relucir todas las revoluciones de este siglo, revoluciones que unos defienden y atacan otros.

Parece que se ha olvidado que los prusianos están en Francia y que lo que importa ante todo es la evacuacion de los departamentos, que podria lograrse combinando el movimiento patriótico en favor de la suscripcion nacional, con algun plan financiero.

Pero no; despues de la sesion en que se resolvió la permanencia en Versalles, se ha discutido el modo de transformar los consejos generales en asambleas nacionales, si llega el caso de que la representacion legal sea disuelta por una revolucion ó por un golpe de Estado; y ahora se discuten las autorizaciones para formar causa á diez ó doce periódicos que se han propasado al hablar de los diputados y de la comision de Gracias.

¿Pueden darse cuestiones políticas mas ardientes?

Lo que ha acabado de apasionar este último debate, es que uno de los artículos incriminatorios aparece firmado por un diputado, M. Victor Lefranc.

Verdaderamente es excesiva su violencia de lenguaje.

Es fácil de concebir el efecto que produciria en la Cámara su lectura.

El artículo empieza de este modo:

« 1^{er} BOLETIN: Campamento de Versalles, 11 de diciembre. — No puedo calificar de otro modo el lugar en donde me condena á estar una mayoría parlamentaria llena de miedo y de odio, que seguramente preferiria celebrar sus sesiones en Lucerna ó en Coblenza... No, Versalles no es la estancia de uno de esos areópagos dignos y tranquilos que deliberan grave y cuerdate sobre los asuntos públicos, lejos del tumulto de las pasiones, como en Berna y en Washington: es un campamento, un bivac, una arena, un campo de batalla, todo lo que se quiera, salvo un apacible santuario de las leyes. Y por eso, considerándome yo como un soldado en campaña, adopto la forma de boletín. »

Y sobre esto emprende la descripcion de los ejércitos beligerantes que, segun dice, no se han ilustrado aun, sino por injurias recíprocas.

« A la derecha, dice, bajo el estandarte que tanto brilló en 1792 y en 1814, á la cola de los furgones prusianos, se sientan 250 duques, marqueses, barones, condes y vizcondes de Kerkabis-Kambouille y de la Pretintaille que quieren hacernos creer que su nobleza remonta al tiempo de las cruzadas. Con efecto, entre ellos hay algunos que se parecen á los edecanos de Simon de Montforte, á los verdugos que llevaba en su séquito el exterminador de los albigenses: estos son los que se han nombrado á sí mismos de la comision de gracias. No obstante las pretensiones de nobleza antigua, creo yo que entre sus antepasados se cuentan mas de un ilustre palafrenero que se ennobleció con gloriosos servicios de cuadra ó de gabinete. ¿Qué valientes se muestran esos timoratos del mes de mayo, desde que ha pasado el peligro y la situacion está á la altura de su denuedo! Que tenga buen cuidado M. Thiers, pues si pronuncia delante de ellos

la palabra República, le darán su despido como á un criado... »

Sigue á esta introduccion una série de ataques personales. El general Ducrot, que hace esta lectura, cree que debe interrumpirla; pero no opina así la Cámara, que quiere oirlo todo.

En suma, la descripcion del campo legitimista concluye con un paralelo, en el que se dice que nada hay de comun entre los hombres de ese campo y el obrero Tolain (del extremo izquierdo) cuyo cerebro « arrugado por el trabajo, » encierra sin embargo, mas inteligencia que la que hay en todas aquellas pelucas.

Despues de los PURS-SANG vienen los MESTIZOS, del centro derecho y del centro izquierdo, escépticos, masas indeterminadas, flotantes, en donde todos los gobiernos reclutan sus tripulaciones. Estos se dicen cuerdos porque no tienen virtudes ni vicios, y prácticos porque carecen de principios; se inclinan ante M. Saint-Marc Girardin, senador chasqueado y perfecto maestro de escuela.

Ante esta embestida, M. Saint-Marc Girardin, pronto siempre á la réplica, exclama:

— Senador que no ha querido serlo y profesor durante treinta y cinco años, y que ha hecho de ello el honor de su vida.

Y un prolongado aplauso cubre sus palabras.

Por último, les llega el turno á los republicanos. El escritor diputado ignora por qué los distinguen en moderados y radicales, pues sus principios son los mismos: todos piensan lo mismo y todos se preparan para la lucha, que será formidable.

La falta de respeto á la Asamblea en esta elucubracion de M. Lefranc no puede ser mas evidente. Despues le llega el turno á M. Rouvier, diputado por Marsella, en cuyo artículo, que lee igualmente el general Ducrot, se hace la apología de los fusilados Rossel y Cremieux, « mientras llega la hora de vengarlos. » El general Ducrot pide que la Cámara autorice al gobierno para formar causa á los dos articulistas; pero sobre la observacion del presidente M. Grevy, de que procede nombrar antes una comision que dé su dictámen en el asunto, la Asamblea vota en este sentido, despues de lo cual concede las autorizaciones generales para encausar á otros periodistas.

Todo esto quiere decir que no salimos de la política; pero de la política apasionada, de las personalidades, de las recriminaciones y las invectivas.

En todo se refleja este furor político.

El teatro faltaba por invadir; y hé aquí que de repente nos encontramos, no con una comedia de intencion política, lo cual está permitido siempre, sino con un libelo en que se disimula tan poco á los hombres que se ponen en escena, que no falta mas que denominarlos con sus apellidos.

La obra á que nos referimos es de M. Victorien Sardou, se titula *Rabagas*, y ha sido estrenada la semana última en el teatro del Vaudeville.

M. Sardou figura el lugar de la accion en Monaco, donde reina un príncipe inteligente, bondadoso, patriarcal, amante de sus súbditos hasta un extremo verdaderamente imponderable.

Pero ¡ay! el espíritu revolucionario ha invadido su feliz Estado, que casi podriamos llamar la ciudad de Jauja, tales y tan completas son las felicidades de que disfrutan sus moradores.

El autor de los males que se preparan es un abogado sin causas, tribuno democrático, familiar de una inmunda taberna conocida con el nombre de *Sapo Volante*, y redactor del diario la *Carmagnole*, papelucho infame que desacredita á la corte, que pone en ridículo todo lo noble y lo santo que encierra el principado.

No hay para qué añadir que este es *Rabagas*, ambicioso por excelencia, revolucionario por oficio y capaz de todo, con tal de realizar sus aspiraciones personales.

Miss Blount, una aventurera que aparece en Monaco, relacionada con el príncipe, se hace cargo de la situacion y habiendo estudiado bien el carácter de Rabagas, tiene la idea peregrina de desarmarle haciéndole ministro.

Naturalmente, Rabagas, que no repara en barras, acepta la proposicion y se dedica á hacer el papel de pararrayos.

Sin embargo, no le es tan fácil como le parece conjurar la tempestad: el mismo dia que concluye con miss Blount tan afrentoso convenio, tenia él preparado su motin, y con efecto, á la puerta del palacio oímos ya los clamores de la revolucion.

El príncipe se indigna; su general en jefe le ofrece barrer con su ejército (cuatro hombres y un cabo) aquel populacho despreciable; pero la bondad del soberano es tan inmensa, que se niega al derramamiento de sangre y prefiere abandonar su Estado microscópico y refugiarse en Paris, el destierro mas agradable que hay en Europa.

— No, no, dice miss Blount, no habrá necesidad de verter sangre, podemos conjurar la tempestad sin apelar á las armas.

— ¿Cómo pues?

— Volviendo contra el pueblo á su jefe, nombrando á Rabagas presidente del gabinete.

Dicho y hecho: Rabagas es ministro, y muy satisfecho

con su triunfo personal, anuncia al pueblo su nombramiento, persuadido de que va á ser aclamado; pero sucede todo lo contrario, el pueblo se indigna, grita con furor: ¡Muera Rabagas! y entonces el ex-demagogo, hoy ministro, manda al general que ponga en movimiento á las tropas de la nacion contra sus antiguos amigos del *Sapo Volante*.

Aquí comienza una série de complicaciones.

Todo el mundo desprecia á Rabagas, lo mismo en la corte que en el pueblo: los revolucionarios le hacen prisionero, se escapa, funda tres gobiernos que duran cada uno un cuarto de hora, y por fin, vencido en la lucha se despide para siempre de Monaco, diciendo que marcha á Francia, « el único país donde se sabe apreciar á los hombres de su temple. »

Tal es la historia del protagonista y tal es el pensamiento capital de la obra de M. Sardou.

Naturalmente, en torno de esta odisea hay una série de incidentes amorosos, sin los cuales no habria comedia; pero es inútil que hablemos de ellos, porque constituyen como una aplicacion extraña al verdadero argumento, y despues creemos que el mismo autor no les atribuye, y con razon, ninguna importancia.

En el estado de irritacion en que hoy se encuentran en Francia las pasiones políticas, y con la necesidad de paz y de concordia que preconizan como obra de salvacion los que desean ante todo cicatrizar las profundas heridas que han dejado la guerra y la Commune, la obra de M. Sardou es una mala accion, porque tiende á dividir y á enconar los odios, que no desean para hacer explosion mas que las ocasiones.

La primera noche *Rabagas* produjo un tumulto dentro del teatro que se propagó hasta los bulevares. Los partidarios del régimen caído, que se hundió ignominiosamente el 4 de setiembre, celebraban y aplaudian las excelencias del gobierno figurado por M. Sardou en el principado de Monaco, en tanto que los republicanos protestaban contra la conducta y las acciones del demagogo Rabagas, cuyo verdadero nombre todos repetian. De los gritos se pasó á las vias de hecho, tan al vivo se tomaron las ficciones. Despues el furor se ha calmado y las representaciones de *Rabagas* se continúan, muy concurridas por los admiradores del príncipe de Monaco y desdeñadas completamente por los que no admiran ni mucho menos á semejante personaje.

La opinion general, si se exceptúa la de la prensa bonapartista, se ha pronunciado contra *Rabagas* por ser una obra intempestiva, ocasionada á discordias, parcial porque el autor tiene dos pesos y dos medidas para el príncipe y el protagonista; y últimamente, porque bajo el aspecto literario es una produccion nula. La política en el teatro puede ser tratada y es elemento de gran valor; pero ha de estar á otras alturas, v.g. como en el *Arte de conspirar*, de Scribe. M. Sardou es un autor que descolaba en tiempos del imperio para poner en escena las costumbres de mas actualidad; privado de los tipos de la *Familia Benoiton*, cree que igual procedimiento puede aplicar á la política palpitante, y aquí está su error. Si no descubre otro sistema, mucho tememos que en las circunstancias del dia deje de ser el autor aplaudido y simpático que tan merecidamente ha obtenido en Paris tantos y tan brillantes triunfos.

MARIANO URRABIETA.

Exposicion Universal Argentina.

CÓRDOBA.

En nuestro número 985, hemos publicado una vista general de esta Exposicion, con un largo artículo descriptivo, reservándonos dar cuenta á nuestros lectores de lo mas notable de este gran concurso en cuanto tuviéramos datos á la vista. Entre los documentos con que contamos ya para cumplir lo prometido, citaremos en primera linea el periódico la *Exposicion Nacional*, publicacion autorizada por la comision directiva de la Exposicion, de donde tomamos el siguiente artículo:

SECCION DE BUENOS AIRES.

I.

LO QUE HAY Y LO QUE FALTA EN LA EXPOSICION.

La provincia de Buenos Aires, la primera de la República, por su poblacion, ilustracion y riqueza, ocupa lógicamente el primer puesto en la Exposicion. A sus artes é industrias les han sido cedidas dos secciones del palacio, á la derecha de la gran puerta de entrada y en el sitio de honor que le correspondia.

Buenos Aires, ocupa, pues, un espacioso local

cuadrado, y el terreno ha sido tan bien aprovechado, gracias á la inteligencia y buen gusto de su representante, que han podido acomodarse holgadamente en sus puestos los centenares de muestras que de sus adelantadas industrias nos ha enviado.

Aquí es, sin embargo, donde mejor pueden aplicarse las palabras del discurso inaugural del Presidente de la República. La Exposicion en esta parte será instructiva por su deficiencia misma.

Las artes é industrias de Buenos Aires brillan por su ausencia.

Buenos Aires es un gran taller donde se fabrican casi todos los objetos necesarios á su vida múltiple y activa.

Con excepcion de las manufacturas de tejidos, puede decirse que la gran ciudad produce y alimenta todas las demás industrias.

Sin embargo, quien la juzgue por lo que ha expuesto, verá inducido en error.

Aquí no hay muestras de sus construcciones navales y de todo el séquito de artefactos que tan complicada industria comporta.

Sus saladeros que suministran la cifra principal de sus exportaciones no se hallan representados por ninguno de los productos de tan importantes faenas.

Sus máquinas de vapor entregan diariamente á los trabajos de construccion y edificacion de la ciudad y la campaña, los ladrillos rivales de los ingleses, las maderas torneadas y pulimentadas, el hierro primorosamente labrado, y no obstante, ninguno de estos productos nobles de tan adelantadas industrias contiene el palacio.

De alfarería no tenemos una sola muestra, á pesar de que todos los que hemos visitado los talleres de esta industria nos hemos asombrado al ver sus producciones.

Sus imprentas, y solo algunas, no nos han traído sino unos pocos ejemplares de sus trabajos; sus pintores han reservado sus cuadros y apenas se han presentado dos de sus fotografías con muestras, no de los mejores, de estas obras que á tan alto grado de perfeccion han llegado.

No hay sino tres ó cuatro piezas que hayan venido á dar testimonio del estado de adelanto que ha alcanzado en Buenos Aires la fabricacion de muebles, que no ceden en gusto y perfeccion á los de las mas preciadas fábricas europeas.

Sus sombrererías, sus zapaterías y ojalaterías no nos presentan sus productos.

Los trigos y las harinas, y en general todo el ramo de agricultura, solo ostenta tres muestras, cuando Chile no mas nos ha enviado una rica coleccion de ellas.

La ciudad mas elegante y lujosa de esta parte de América no revela un solo rasgo de su fisonomía especial. Ni un destello de sus brillantes joyerías que resplandecen en los ricos escaparates donde se combina el gas con el diamante y la esmeralda y el rubí, multiplicando al infinito sus reflejos y sus luces en juegos caprichosos de cambiantes colores; ni un solo resorte de las afamadas tijeras de aquellas modistas que han dado á la mujer porteña fama de elegancia y buen gusto en toda la redondez del mundo de los salones; ni una flor del sinnúmero de ramilletes que florecen diariamente, merced á las manos de las hábiles jardineras que las hacen nacer, crecer y abrir entre sus dedos; ni una muestra de sus tapicerías, ni un modelo de sus sastres; nada, en fin, de lo que forma ese mundo del buen tono que caracteriza á la sociedad porteña y la hace descolgar entre todos los centros sociales de la América del Sur.

¿Cuál es la causa de la ausencia de la Exposicion de todas estas industrias que hemos enumerado y de otras muchas que no recordamos en este momento?

¿Ha querido Buenos Aires prescindir de este primer concurso argentino?

¿Han sido negligentes sus comisionados para desempeñar la tarea que se les impuso?

Entremos al Palacio y veremos desvanecerse estos cargos ante el espectáculo que ofrece la parte que á esta provincia le ha sido designada.

II.

La primera mesa que encuentra el visitante á la derecha de la puerta de entrada, es la que contiene las muestras de impresiones y encuadernacion de libros. Allí están representadas las imprentas de Mayo, del señor don Carlos Casavalle; la Americana, de los señores Estrada, y la de la *República*. El arte tipográfico ha hecho notables adelantos en Buenos Aires en estos últimos años, y una prueba de ello son las elegantes impresiones, principalmente las de la imprenta de Mayo, á dos tintas, que están actualmente llamando la atención de los inteligentes. Pero, lo repetimos, faltan muchas otras imprentas en el concurso, y entre ellas la del *Siglo*, del señor don José María Cantilo, que ha dado á luz libros de una impresion esmerada, de la cual no hay sino una muestra, así como algunos folletos del señor don Pablo Coni, y un ejemplar de la imprenta del *Standard*, del señor Mulhall.

Las encuadernaciones de Peuser y compañía, son recomendables por su solidez, y los grandes libros que ha presentado acreditará su establecimiento.

En la misma mesa se hallan colocadas otras muestras de encuadernacion de A. Metsheimer; las publi-

caciones del educacionista don Marcos Sastre, de la señora doña Juana Manso, del señor Pouyole y del señor Trelles.

Puede decirse que esta mesa contiene todo el movimiento intelectual de las ideas en su desarrollo progresivo, desde la imprenta que le da forma y difusion por el mundo, hasta el maestro y el publicista que educan la inteligencia y son su última expresion.

A este grupo sigue inmediatamente la espléndida exposicion de cueros de la fábrica del señor don Martín Amespil.

Una gran parte del muro del Este, ocupado con los perfeccionados productos de esta fábrica; una pirámide de diez metros de altura con becerros, tafletes, suelas charoladas, cueros de cabra y de perro, de carnero lisos graneados, charolados, amarroquinadas; y al pié de esta pirámide una mesa de cuanto cuero curtible produce la República; y por fin, una estrella de tantos brazos cuantas variaciones ha alcanzado esta fábrica en sus trabajos, conteniendo tafletes, charoles, badanas, marroquines y cueros imitacion de los de Rusia, de todas las clases y colores imaginables, forman la notable seccion del señor Amespil, cuya casa es tal vez la primera en su género en la República.

Es opinion de personas competentes, que no nos vienen mejores cueros curtidos de la Francia misma, y que sin el olor, que es lo único que caracteriza nuestro sistema de curtimientos, no habria la mas mínima diferencia entre los cueros franceses y los de la casa Amespil.

Viene en seguida otra fábrica de la misma clase, la del señor Bletscher y compañía. Ocupa una pirámide y una mesa, y sus objetos son tan variados y finos como los de la casa Amespil, que dejamos descritos. La competencia está ya establecida entre estas dos casas que se llevan la palma en su género de trabajos, y será muy difícil establecer la supremacia de una de ellas.

Al lado de estas industrias, se hallan colocados varios espécimen de muebles construidos en Buenos Aires.

Una gran cama de jacarandá deslustrada, tallada con primoroso gusto al estilo antiguo, por el señor Betzola.

Dos reclinatorios, uno de jacarandá y otro de roble antiguo forrados en damasco de seda y lana, del señor don Francisco Galardino.

Una biblioteca de nogal tallada y con incrustaciones de la misma madera, una cama de nogal, dos sillones de jacarandá uno é imitacion el otro, dos sillas-escalera, dos sillas mas de salon estilo Luis XV y Luis XVI, por el señor don Juan J. Ompré.

Estas últimas sillas son de las mas estimadas en los salones.

Dos marcadores para el uso de los billares, ingeniosamente trabajados por su inventor el señor don Pedro Verdier, fabricante de billares en Buenos Aires.

Un laboratorio enciclopédico inventado y trabajado por don Luis Gimenez. Esta es una pieza muy curiosa que contiene en un pequeño volumen, todo cuanto puede necesitar la *toilette* del hombre mas exigente. Su autor obtuvo por él patente de invencion del Gobierno Nacional.

Una cajita de nogal tallada, con resorte secreto para abrirse, por don Guillermo Storne.

Y por fin, un gran escritorio de roble tallado, de cuatro frentes, obra monumental por su trabajo, sus dimensiones y la riqueza de sus adornos, trabajado por el señor don Leopoldo Plate, fabricante acreditado y conocido ventajosamente por todos en Buenos Aires.

Dejamos esta notable pieza para describirla aparte con el cuidado que merece obra tan esmerada. La Comision Directiva, comprendiendo todo el mérito de este mueble, le ha cedido para él solo una habitacion del Palacio, donde se halla colocado de la misma manera que lo estará en el escritorio de quien lo obtenga.

Mas de un año de paciente labor ha invertido el señor Plate en su trabajo, revelando un gusto, habilidad é inteligencia distinguidas en su construccion y tallados.

Cuatro sillones adaptados á los cuatro frentes del escritorio, y tallados como él, completan esta obra maestra que será mirada con un sentimiento de orgullo por todos los que participan del legitimo interés que nos mueve por los adelantos de las industrias en la República.

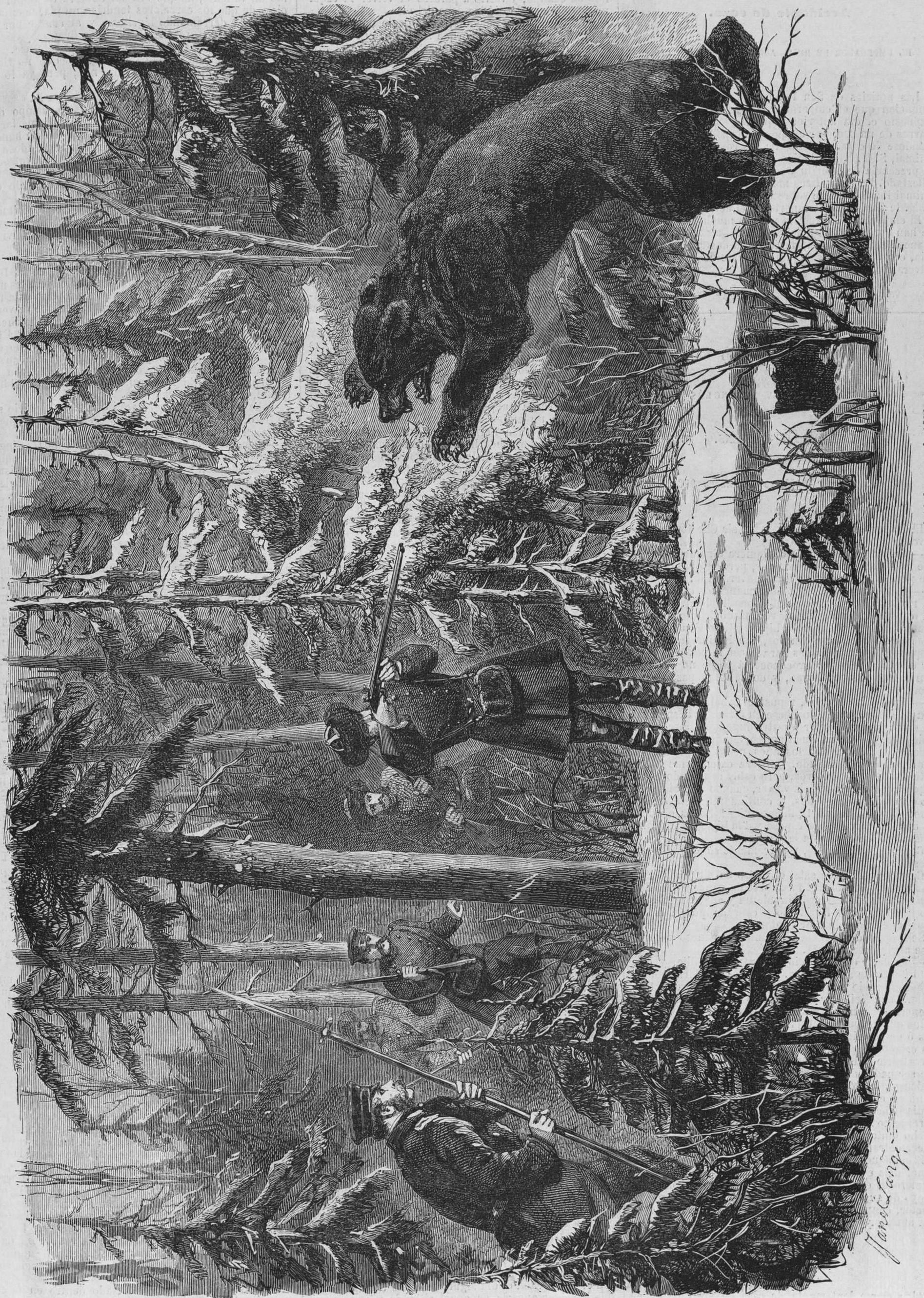
Una gran mesa colocada en la misma nave contiene una coleccion de pesas y medidas enviadas por el gobierno de aquella provincia. Las medidas de capacidad para los granos son de caoba y las de los líquidos, de bronce pulimentado, así como la vara, todo encerrado en bellas cajas de caoba.

La misma mesa sustenta un modelo de bancos de escuela presentado por el señor Sastre; algunas otras de ebanistería, una canasta de flores de cera, algunas muestras de la acreditada botica Raspail, un jarron de cristal con pececillos de colores, y en fin, una coleccion curiosa é interesante, bajo el punto de vista artistico, de figuras de barro trabajadas por Cubero hermanos, en la quinta de Santa Lucía de Barracas en Buenos Aires.

(Se continuará.)



LOS PRISIONEROS DE LA COMMUNE EN VERSAILLES — La prison de los Chantiers.



Accidente de caza : el emperador de Rusia acometido por un oso, el 16 de enero de 1872.

Janol Langé

Accidente de caza.

EL EMPERADOR DE RUSIA ACOMETIDO POR UN OSO.

Las noticias de San Petersburgo del 17 de enero, anuncian que el emperador Alejandro había estado expuesto el día anterior á perder la vida entre las garras de un oso, por el que había sido atacado hallándose de caza. Asaltado de improviso por el feroz animal, S. M. había debido la salvacion de su vida á la presencia de espíritu y sangre fría que había manifestado. En los críticos momentos en que el terrible animal iba á lanzarse sobre él, un tiro disparado por S. M. le había dejado muerto en el acto.

El emperador de Austria y otros muchos soberanos se han apresurado á felicitar á S. M. moscovita por la manera casi milagrosa, debida á su destreza y sangre fría, con que había sabido deshacerse de tan terrible adversario.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CÁRLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 996).

El herrero iba á replicar, pero sir Chester le con-
tuvo.

— Señor Varden, sobre cualquiera otro asunto tendré un placer en hablar con vos, pero mi dignidad no me permite que sigamos esta conversacion.

— Reflexionadlo bien, señor, cuando os quedeis solo, respondió el herrero, reflexionadlo bien. Aunque en estos últimos días hayais rechazado de vuestra presencia tres veces á vuestro hijo legítimo Eduardo que deseaba reconciliarse con vos, teneis tiempo, podeis disponer de algunos años para hacer la paz con este, sir Chester; pero para reconocer á Hugo no os quedan mas que doce horas, y doce horas pasan muy pronto.

— Os doy las gracias, repuso el caballero enviando con su delicada mano un beso en forma de despedida, os doy las gracias por vuestro ingenio consejo. Lo único que siento, mi buen amigo, aunque vuestra sencillez es ejemplar, que los años no os hayan dado á conocer mejor el mundo. Quisiera extenderme sobre este punto y convenceros, pero estoy esperando al peluquero y otro día podeis volver, cuando querais, dentro de una semana ó dos, y continuaremos la discusion. ¡Dios os guarde! ¡Buenos días! No os olvideis de dar mis afectos á la esposa y á la hija. Peak, acompaña á M. Varden hasta la puerta.

Gabriel no respondió, y únicamente se despidió con un saludo.

Cuando salió de la sala, el rostro de sir Chester se trasformó, y su sonrisa forzada se desvaneció para dar lugar á una expresion de inquietud y abatimiento, como la de un actor fastidiado y cansado por el difícil papel que acaba de representar.

Se levantó de la cama exhalando un penoso suspiro y se abrigó con la bata.

— Es decir que cumplió su juramento, dijo, y ejecutó fielmente su amenaza. No sé cuánto daría por no haber conocido nunca á aquella mujer sombría y terrible... Era fácil leer en su rostro todas estas consecuencias. Es una aventura que daría mucho escándalo si los que la pueden propalar fueran personas honradas ó de posicion social; pero habiéndose roto todos los eslabones que impiden reanudar la cadena, puedo arrostrarlo todo impunemente... Es muy poco agradable ser padre de una criatura tan rústica y feroz. Sin embargo, le había dado un buen consejo y le dije que si no se enmendaba pararía en la horca. ¿Qué mas podía haber hecho aun sabiendo el secreto de nuestro parentesco? Porque ¿cuántos padres hay que no han hecho tanto por sus hijos bastardos?... Peak, podeis hacer entrar al peluquero.

El peluquero entró, y encontró en sir Chester, cuya conciencia elástica se tranquilizó muy pronto con los numerosos ejemplos que le presentó su memoria en apoyo de su última reflexion, el mismo caballero seductor, elegante é imperturbable que había visto el día anterior y siempre.

LXXVI.

Al alejarse lentamente de casa de sir Chester el herrero se paró debajo de los árboles de la entrada

con la esperanza de que iba tal vez á llamarle. Continuó su camino, y volvió á pararse al volver la esquina cuando el reloj dió las doce del día.

¡Las doce! Hora solemne, no tan solo pensando en el día de mañana, sino porque sabía que era el tañido lúgubre que anunciaba la muerte de Rudge el asesino.

Le había visto pasar por la calle inundada de gente en medio de las imprecaciones de la multitud, había contemplado sus labios convulsos y sus trémulos miembros, el color aplomado de su rostro, su frente sudorosa, sus ojos vagos... el temor á la muerte que absorbía en él todo otro pensamiento y que le devoraba sin piedad el corazon y el cerebro. Había reparado en su mirada errante, buscando una esperanza y sin encontrar á do quiera que se volviese mas que desesperacion; había visto á aquel hombre agitado por su crimen, abatido, desconsolado, conducido con su féretro al lado en el carro hasta el cadalso, y sabía que hasta el último suspiro había permanecido inflexible y obstinado, que en el terror salvaje de su situacion se había endurecido á la vista de su esposa y de su hijo, y que sus últimas palabras habían sido de maldicion contra ellos como si fueran sus enemigos.

M. Haredale había resuelto ir á presenciar la ejecucion para cerciorarse por sus propios ojos del desenlace; tan solo el testimonio de sus sentidos podia apagar la ardiente sed de venganza que hacia tantos años le devoraba.

El herrero lo sabía y cuando cesaron de tocar las campanas corrió á su encuentro.

— Nada puedo hacer ya por esos dos hombres, le dijo despues de saludarle. ¡El cielo tenga piedad de sus almas!... ¡Ah! no puedo hacer nada por ellos ni por otros. María Rudge tendrá un albergue, y puede contar con un amigo fiel; pero Bernabé... el pobre Bernabé... el buen Bernabé... ¿qué servicio puedo prestarle? Hay muchos hombres con completo juicio ¡Dios me perdone! exclamó el honrado herrero parándose en un pasaje estrecho que atravesaba para enjugarse las lágrimas, que me resignaria á perder mas fácilmente que á Bernabé. Siempre hemos sido buenos amigos, pero no sabía, no, ni nunca había sabido hasta hoy lo que amaba á ese pobre muchacho.

No había muchos en la ciudad que pensarán aquel día en Bernabé sino es como en el actor principal del espectáculo que iban á dar al público al día siguiente; pero aun cuando toda la poblacion hubiera pensado en él para desear que le perdonaran la vida, no habría habido entre ellos uno que lo hiciera con un celo mas puro ni con mayor sinceridad de corazon que el herrero.

Bernabé debía morir; no había ya esperanza de salvarle.

El peor de los males que resultan de este castigo supremo y terrible, la pena de muerte, no consiste en endurecer los corazones y en convertir á hombres amables y buenos en todo en los seres mas indiferentes á la gran responsabilidad que pesa sobre ellos, porque muchas veces ni siquiera lo sospechan. Se había pronunciado la sentencia que condenaba á muerte á Bernabé, y se pronunciaba todos los meses por crímenes mas leves, siendo una cosa tan comun que había muy pocas personas á quienes hiciera estremecer este espantoso fallo ó que se tomasen el trabajo de discutir si era justo ó injusto. En esta ocasion, en esta ocasion especialmente, en que la ley había sido ultrajada de una manera tan patente, era forzoso asegurar, decian, « la dignidad de la ley. » El simbolo de su dignidad, grabada en cada página del Código penal, era el cadalso, y Bernabé debía morir.

Se habían hecho esfuerzos para salvarle; el herrero había llevado peticiones sobre peticiones y memoriales sobre memoriales por sus propias manos al manantial de las gracias, pero este manantial no era como en la Biblia la fuente de misericordia, y Bernabé debía morir.

Desde el principio su madre no se había separado de él un momento, á excepcion de la noche, y viéndola á su lado, Bernabé estaba contento como siempre.

Aquel día, que debía ser el último para él, estuvo mas animado y altivo que nunca, y cuando su madre dejó caer de sus manos el santo libro que acababa de leerle en voz alta para abrazarle, cesó de ocuparse en colocar un pedazo de crespon en derredor de su sombrero, muy sorprendido al ver la angustia de su madre.

Gripp profirió un débil graznido que parecía una mezcla de reprension y de dolor, pero no tuvo aliento para continuar, y volvió á abismarse bruscamente en su profundo silencio.

Mientras estaban allí á orillas de ese gran golfo, mas allá del cual nadie puede ver el Océano, el Tiempo, que iba á perderse tambien muy pronto en el vasto abismo de la Eternidad, corria con ellos como un rio caudaloso que hincha y precipita su curso á medida que se acerca al mar.

Apenas había asomado el sol y estaban sentados juntos hablando como en un sueño cuando ya llegaba la noche.

Iba á dar la hora de la separacion que ayer parecía tan lejana.

Andaban juntos por el patio de los reos sin separarse uno de otro, pero sin hablar. Bernabé pensaba que la cárcel era una morada penosa, lúgubre y miserable, y esperaba el día siguiente como un libertador que iba á arrancarle de aquel sitio de tristeza para conducirlo hácia un espacio de luz y de esplendor. Te-

nia una idea vaga de que se creía que se portaria como un valiente, de que era un hombre de importancia y de que los carceleros tendrian un placer en sorprenderle derramando lágrimas, y al cruzar por su mente esta idea, pisaba el suelo con firmeza y encargaba á su madre que tuviera ánimo y no llorase.

— Tocad mi mano, le decía, y vereis que no tiembra. Me tratan de imbécil, madre mia, pero ya lo verán mañana.

Dionisio y Hugo estaban en el mismo patio.

Hugo salió de su calabozo al mismo tiempo que ellos esperezándose como si acabara de despertarse, y Dionisio estaba en un rincón, sentado en un banco, con la cara apoyada en las manos y balanceándose de arriba abajo como una persona que padece atroces dolores.

La madre y el hijo permanecieron en un lado del patio y estos dos presos en el opuesto.

Hugo se paseaba de un extremo á otro precipitadamente, lanzando de vez en cuando una mirada hosca hácia el cielo brillante de un día de verano y volviéndose despues para contemplar las paredes.

— ¡Nadie viene... nadie viene! No suspenden aun el fallo... No tenemos mas que una noche, decía Dionisio con voz débil y quejumbrosa torciéndose las manos. ¿Creeis que no me concederán un plazo esta noche, amigo mio? No sería la primera vez que se vería llegar una suspension ó un plazo durante la noche, y hasta los he visto llegar á las cinco, á las seis y á las siete de la mañana. ¿No se os figura que no debo desesperar aun? Decidme que sí, decidme que sí, jóven apreciable, exclamaba aquel abyecto criminal con un ademán suplicante implorando á Bernabé, decidme que sí, ó voy á volverme loco.

— Es preferible ser loco aquí que tener el juicio sano, le dijo Hugo; vuélvete loco y cesarás de lloriquear como un chiquillo.

— Pero decidme vuestro parecer. ¿Cómo! ¿ninguno de vosotros me dirá su parecer? continuaba aquel desgraciado, tan humilde y miserable que la misma piedad hubiera vuelto la espalda al ver tanta bajeza en la cara de un hombre. ¿No me queda una esperanza? ¿ni una sola probabilidad favorable? ¿No es probable que si tardan tanto, solo es por hacerme miedo? ¿No lo creéis así? ¡Oh! añadía lanzando un grito penetrante y retorciéndose las manos, ¿nadie quiere consolarme?

— Vos que debíais manifestar mas valor sois el mas cobarde, dijo Hugo parándose delante de él. ¡Ja, ja, ja! Hé aquí lo que hace el verdugo cuando le llega el turno.

— No sabeis por qué hablo así, gritaba Dionisio que doblaba su cuerpo hasta tocar el suelo con la frente mientras hablaba, no, no lo sabeis. ¿Cómo! ¿Me habian de ejecutar á mí? ¡A mí!... No, no es posible.

— ¿Y por qué no? dijo Hugo echándose atrás los mechones de sus cabellos para ver mejor á su antiguo compañero de rebelion. ¿Cuántas veces, antes de saber que érais el verdugo, no os he oido hablar sobre este punto de una manera que hacia venir el agua á la boca?

— Soy siempre el mismo, y hablaría del mismo modo si fuera aun verdugo, pero otro hombre ha heredado á estas horas mi noble cargo, y esto es lo que mas me aflige. Hay un hombre que me espera con impaciencia para ejecutarme, y sé muy bien el placer que experimentará cuando esté entre sus manos.

— No tendrá que esperar mucho, dijo Hugo continuando su paseo; debíais pensar en eso para tranquilizaros.

Aunque uno de estos hombres ostentara en sus palabras y en su actitud la mas absoluta indiferencia, y el otro diera en cada palabra y cada ademán pruebas de una cobardía tan abyecta que era humillante el verlo, era difícil decir quién de los dos presentaba el espectáculo mas repugnante. En Hugo se veía la desesperacion obstinada de un salvaje amarrado al poste funesto, y el verdugo estaba reducido por el contrario al estado de un perro que van á ahogar y que tiene ya la cuerda en el cuello.

Dionisio hubiera podido decir, porque lo sabía muy bien por experiencia, que estas son las dos formas mas comunes entre los pacientes que van á dar en el patíbulo el salto mortal. Tal es en globo la pingüe cosecha recogida de la semilla sembrada por la ley.

Había sin embargo puntos en los cuales se parecían ambos. El curso errante y fatal de sus pensamientos que les conducía á recuerdos súbitos de cosas antiguas en lo pasado, olvidadas hacia mucho tiempo y sin relacion entre sí... la vaga necesidad que sin cesar les atormentaba de no sé qué indefinido que nada podía darles... la fuga alada de los minutos que formaban horas como por encanto... la rápida llegada de la noche solemne... la sombra de la muerte revoloteando constantemente sobre ellos, cuya oscuridad tenebrosa no impedía sin embargo que surgiesen los detalles mas comunes y triviales en medio del horror que sentían, para obligarles á contemplarlos... la imposibilidad de conservar su alma, cuando para ello hubiesen estado dispuestos, en un estado de penitencia y preparacion postrera, y hasta de tenerla fija en cualquiera otra cosa que no fuese la asquerosa imagen que fascinaba todas sus facultades... hé aquí lo que tenían ambos de comun, pues la diferencia solo existía en los signos exteriores.

— Tráeme el libro que he dejado dentro en tu cama, dijo á Bernabé su madre oyendo la hora. Abrázame antes.

Bernabé contempló su rostro y vió en sus facciones que había llegado el momento.

Después de permanecer largo rato abrazados, el idiota se desprendió de las caricias de su madre diciéndole que no partiera hasta que volviese.

No tardó mucho rato en volver, porque había sido llamado por un grito desgarrador...

Pero la pobre madre había partido.

Corrió á la puerta del patio para mirarla al través de la reja, y vió que la conducían los carceleros desmayada.

Le había dicho que su corazón se desgarraría. ¡Plugiérase á Dios que así fuera!

— ¿No os parece, le dijo Dionisio lloriqueando y arrastrándose hasta él que estaba en pié, como clavado en el suelo, contemplando la pared desnuda y vacía, no os parece que no debo perder toda esperanza? ¡Es un fin tan terrible... un fin tan terrible para un hombre como yo! ¿No creéis que se encontrará alguna probabilidad, no digo para vos, sino para mí? Hablad bajo para que este no lo oiga, añadió designando á Hugo.

— ¡Ea, muchachos! dijo el carcelero que acababa de hacer su ronda por dentro y por fuera con las manos en los bolsillos y que bostezaba de fastidio. ¡Cada cual á su aposento!

— No, aun no, dijo Dionisio, aun no; falta una hora.

— ¿Una hora? repuso el carcelero. Parece que vuestro reloj nunca va bien; cuando érais verdugo siempre estaba adelantado, y ahora atrasa.

— Amigo mío, exclamaba aquel miserable postrándose de hinojos, querido amigo, porque siempre habeis sido mi mejor amigo, es forzoso que haya habido alguna equivocación. Si, si, estoy seguro de que se ha perdido alguna carta ó han detenido en el camino á algún mensajero. ¿Quién sabe si ha muerto de repente? Yo he visto una vez caer á un hombre muerto en medio de la calle... lo he visto con mis propios ojos, y hasta llevaba papeles en el bolsillo. Enviad á preguntar... que salgan á informarse. No es posible que quieran ahorcarme, no, no; es imposible... imposible. Pero sí, ya lo acerté, quieren ahorcarme, añadió levantándose y lanzando un grito de angustia, quieren ahorcarme por sorpresa, y por eso entretienen el perdón que me han concedido. Es una conspiración contra mi vida... quieren que la pierda.

Y lanzando otro grito, cayó al suelo y se agitó en horribles convulsiones.

— Hé aquí lo que es un verdugo cuando le llega el turno, repitió Hugo mientras conducían al calabozo á su compañero. ¡Ja, ja, ja! ¡Animo, valiente Bernabé! No nos espantemos así nosotros. Venga esa mano. Por otra parte, hacen bien en sacarnos del mundo, porque si nos dejaban en libertad sabríamos vengarnos, ¿no es cierto? ¡Otro apretón! solo se muere una vez. Si te despiertas de noche, con solo mecerte con este alegre estribillo volverá á caer otra vez tu cabeza sobre la almohada. ¡Ja, ja, ja!

Bernabé dirigió otra mirada al través de la reja del patio, pero el corredor estaba desierto. Después miró á Hugo cuando se retiraba sin vacilar á su calabozo, y oyó que prorumpía en una estrepitosa carcajada.

Entonces se retiró también como un sonámbulo, tan insensible al temor como al pesar, y se acostó en su jergón prestando oído á la campana del reloj que daba horas en la lejana torre.

LXXVII.

El tiempo seguía su curso.

El estruendo de las calles se amortiguaba lentamente hasta que el silencio solo fué interrumpido por las campanas de las torres de las iglesias que marcaban la marcha mas lenta y mas discreta durante el sueño de la ciudad dormida, de ese gran velador de cabeza cana que no conoce el sueño ni el reposo.

En el breve intervalo de las tinieblas y de la calma que disfrutaban las ciudades después de la fiebre del día, se extingue todo rumor de pasos, y los que despiertan de su sueño permanecen escuchando en sus lechos, esperando impacientes la aurora y sintiendo que no haya transcurrido aun la noche.

Fuera de la larga pared de la cárcel, aparecieron en esta hora solemne varios hombres en grupos de dos ó tres, y encontrándose en medio de la calle, dejaron en el suelo algunas herramientas y se pusieron á hablar en voz baja.

No tardaron en salir otros de la cárcel llevando sobre sus hombros maderos y tablas.

Cuando sacaron todos estos materiales, los primeros dieron principio á su trabajo, y el sonido lúgubre de los martillos se oyó en las calles hasta entonces silenciosas.

Entre estos trabajadores reunidos se veía uno que iba de un lado á otro con una humeante antorcha en la mano alumbrándoles en su trabajo, y á favor de esta luz dudosa se distinguían algunos de ellos en la sombra que arrancaban las piedras de la plaza, en tanto que otros sostenían en pié grandes postes ó los colocaban en agujeros preparados de antemano para recibirlos. Otros llevaban lentamente á sus compañeros un carro vacío que rechinaba detrás de ellos al salir de la cárcel, y otros en fin alzaban largas barricadas al través de la plaza.

Todos estaban muy ocupados en su trabajo, y sus figuras sombrías que se movían de un lado á otro en

aquella hora insólita, tan activas y silenciosas, hubieran podido pasar por sombras de aparecidos empleados á media noche en alguna obra fantástica, que se desvanecería como ellas al canto del gallo, al primer rayo del día, no dejando en su puesto mas que la niebla y los vapores de la mañana.

Mientras duró la noche, se amontonó en la plaza un reducido número de curiosos que habían ido expresamente con intención de quedarse allí, y hasta los que pasaban por aquel sitio para ir á sus negocios, se paraban un momento como por un atractivo irresistible.

El rumor de la sierra y del martillo continuaba en tanto con vigor, mezclado con el estruendo de las tablas que arrojaban sobre el empedrado, y de vez en cuando con la voz de los trabajadores que se llamaban unos á otros.

Siempre que se oía la campana de la iglesia inmediata, lo cual sucedía cada cuarto de hora, una extraña sensación, instantánea é inexplicable pero muy visible, recorría como una horripilación el cuerpo de todos los curiosos.

Poco á poco vió asomarse en el Oriente un tenue resplandor, y el aire, que había sido cálido toda la noche, se refrescó de pronto.

No era aun de día, pero la oscuridad disminuía y palidecían las estrellas.

La cárcel, que hasta entonces no había sido mas que una masa negra sin contornos, tomó su aspecto habitual, y de vez en cuando pudo verse sobre el tejado un centinela solitario que miraba desde allí los preparativos que se hacían en la plaza.

Como este hombre formaba en cierto modo parte de la cárcel y sabía, ó al menos podía suponerse, todo lo que se hacía, se convertía por este mismo motivo en objeto de un interés particular, y miraban su sombra ó la indicaban á los demás con tanto misterio como si fuese un espíritu.

Pero la débil luz se hizo mas brillante, y se destacaron distintamente del fondo pardusco de la mañana las casas con sus letreros y muestras. Enormes coches públicos salieron pesadamente del patio de la posada de enfrente con los viajeros que asomaban la cabeza para tomar su parte en el espectáculo, y al alejarse bamboleando, cada cual dirigía la última mirada á la cárcel.

Algunos momentos después los primeros rayos del sol alumbraron las calles, y la obra nocturna que, en sus diversos progresos y especialmente en la variada imaginación de los espectadores había tomado cien formas sucesivas, poseía en fin su verdadera forma... era un tablado y una horca.

Luego que principió á sentirse el calor de un sol brillante en la multitud poco apiñada aun, se desataron las lenguas, se abrieron las puertas y las ventanas, se descorrieron las cortinas y las celosías, y las personas que habían pasado la noche en aposentos del lado opuesto á la cárcel y que tenían buenos sitios que alquilar á subido precio para ver la ejecución se levantaron de la cama á toda prisa.

En varias casas sus moradores estaban ocupados en quitar las celosías de las ventanas para mayor comodidad de los convidados, y había otras donde los espectadores estaban ya en su puesto, sentados en sus sillas, jugando á los naipes, bebiendo ó bromeando para pasar el tiempo. Algunos habían alquilado puestos hasta en el tejado, y se les veía ya encaramarse para ocuparlos por las ventanas de las guardillas. Algunos otros, no pareciéndoles buenos sus puestos vacilaban en ocuparlos y permanecían en pié en un estado de indecisión, contemplando en la calle la multitud que por momentos era mas numerosa y los obreros que descansaban apoyados en el cadalso, y haciendo ver que no les hacía mella la elocuencia del propietario que les elogiaba el magnífico punto de vista que tenía la casa y el módico precio que les exigía.

Jamás se había visto una mañana mas hermosa desde los tejados y los pisos altos de estos edificios.

Los campanarios de las iglesias de Lóndres y la cúpula de la gran catedral atraían las miradas por encima de la cárcel, destacándose de un cielo azul dorado por las ligeras neblinas de un día de verano, y ostentando en una atmósfera pura y trasparente hasta los dibujos de su arquitectura, sus cornisas y sus aberturas.

Todo era luz y alegría á excepcion de las calles donde aun reinaba la sombra: la mirada se abismaba allí en una gran zanja sombría, en la cual, en medio de tanta vida y esperanza, en medio de aquel renacimiento general, se alzaba el terrible instrumento de la muerte.

Se hubiera dicho que el mismo sol no se atrevía á mirarlo.

Pero este aparato lúgubre era mas propio así, triste y oculto en la sombra, que en el momento en que, avanzando el día, ostentó en la completa gloria del sol esplendente su pintura negra salpicada de manchas y los nudos corredizos que ondeaban á la luz del día como asquerosas guirnaldas. Estaba mejor en la soledad y tristeza de la noche con un reducido número de formas vivientes agrupadas en torno suyo, que en el frescor de la mañana, señal del despertar de la vida, y en el centro de la multitud anhelosa; estaba mejor cuando ocupaba la calle como un espectro mientras todo el mundo estaba acostado y solo podía infectar con su influencia los sueños de la ciudad, que cuando arrojó la luz del sol y mancilló con su presencia impura los ojos de los ciudadanos despiertos.

Dieron las cinco... las seis... y después las ocho.

A lo largo de las dos grandes calles, en cada extremo de la plaza se veía entonces un torrente humano que empujaba sus oleadas vivientes hácia los puntos de cita de negocios y los mercados adonde los llamaba el afán del lucro. Los carros, las diligencias, los coches y las sillas de mano se abrían paso por fuerza al través de las últimas filas de la multitud para seguir la misma dirección. Los carruajes públicos que venían de las cercanías se paraban, y el conductor designaba con el látigo la horca, aunque hubiera podido ahorrarse este trabajo, porque los viajeros no necesitaban su aviso para volver la cara hácia el cadalso y las portezuelas estaban tapizadas de ojos curiosos. En algunos carros se podían ver mujeres que dirigían con terror su mirada hácia la máquina fatal, y había allí hasta niños que sus padres levantaban en el aire entre la multitud para enseñarles el lindo juguete que se llama un patíbulo y explicarles cómo se ahorca á un hombre.

Debían ejecutar delante de la cárcel dos de los insurgentes que habían tomado parte en su incendio, é inmediatamente ejecutarían otro en Bloomsbury-Square.

A las nueve de la mañana un batallón de soldados se puso en marcha en la calle, se formó en doble fila, y no dejó mas que un angosto paso en Holborn que había sido ocupado con gran trabajo durante la noche por los agentes de la policía. Al través de los soldados trajeron otro carro, el que había servido ya para la construcción del cadalso, y lo arrastraron hasta la puerta de la cárcel. Después de estos preparativos, los soldados descansaron las armas, y los oficiales se paseaban de un extremo á otro por el paso que habían practicado ó hablaban en círculo al pié del cadalso. La multitud, que se había acumulado rápidamente hacia algunas horas y recibía á cada minuto nuevos refuerzos, esperaba las doce del día con impaciencia que crecía cuando sonaba la campana del reloj del Santo Sepulcro.

Hasta entonces la multitud había estado tranquila y aun, consideradas las circunstancias, comparativamente silenciosa, exceptuando cuando aparecía un nuevo grupo de personas en alguna de las ventanas desocupadas y daba ocasión para mirar hácia allí y hacer algunas observaciones; pero á medida que se acercaba la hora, se alzó un zumbido, un murmullo que, creciendo por momentos, se convirtió por fin en tumultuoso clamoreo.

(Se continuará.)

Cuadros de viaje.

(Continuacion. — Véase el N° 996.)

III.

BORDIGHERA. — SANREMO. — ONEGLIA. — FINALE-MARINA.

Antes de haber visto Bordighera, las palmeras no me entusiasmaban: ese árbol derecho con su corteza rugosa y su alta corona de ramaje no me parecía admirable; pero repito que no había visto Bordighera, pues hoy todo ha cambiado. Hoy conozco lo que vale la palmera, su poesía me ha llegado al alma.

Y esto consiste en que acabo de atravesar una selva entera de esos árboles, pues Bordighera no es otra cosa: el promontorio que se divisa desde Monaco no es mas que un largo plantío de palmeras. Nada mas sorprendente, extraño y grandioso.

Voy á citar una página del autor del *Mar de Niza*:

« Si quereis ver palmeras magníficas, no teneis mas que llegaros á Bordighera. Desde la orilla del mar hasta el fondo de los campos, en huertas, en plantales, en terrados sobrepuestos, las palmeras elevan al cielo sus inmensos troncos derechos, sublimes como la gloria, y como la plegaria, ávidos de cielo. ¡Hasta las estrellas! parecen decir esas nobles hojas. En las huertas hay palmeras que apenas salen de tierra; las palmeras sin tronco parecen allí cepas de verdura; en otros sitios los árboles dos ó tres veces seculares son gigantes de penachos terribles. A los piés tenemos las palmeras nacientes, pero ya orgullosas, pues en cuanto despunta el follaje agosto, tiene el orgullo de su imperecedero destino; sobre nuestras cabezas las palmeras inmensas, delgadas, erguidas, como desmesuradas columnas de un cuerpo ideal. Algunas tambien cansadas sin duda de su inaudito esfuerzo, están tendidas en el suelo como un peregrino rendido de cansancio, mas tambien en estas el follaje mira siempre á la vasta bóveda azul, como una aspiración á Dios. »

Sanremo, que sucede á la Bordighera en ese panorama que se renueva incesantemente, es una de las expresiones mas completas é importantes de todas las ciudades del litoral, y particularmente de Génova. Por esta razón me detengo en Sanremo, y le escribo como en italiano, no solo porque estamos en Italia, sino porque me sería difícil designarle de otro modo. Antiguamente se llamó San Rómulo, del nombre de un obispo de Génova que murió allí, y antes aun se llamó Matuta, sin duda por el nombre de la diosa Aurora. ¿Cómo se cambió después en Sanremo? Es lo que ignoro.

Sanremo es una poblacion edificada en anfiteatro, lo que la divide naturalmente en ciudad alta y ciudad baja: la primera es la antigua y la segunda la moderna. Esta se compone de una larga calle con los inevitables *Hotel Victoria* y *Hotel de la Gran Bretaña*: es la única que conocen los viajeros, y por consiguiente yo me fui á la otra.

La ascension es difícil. ¿Por qué prodigio de equilibrio nuestros antepasados sabian hacer que se tuvieran las casas en las paredes de los precipicios? Sin indicacion de ninguna clase, sin guia, como yo acostumbro, tomé por la vertiente oriental, que es la mas escabrosa. Veinte veces estuve á punto de rodar la cuesta. Comprendo que las inglesas, tan intrépidas por naturaleza, se detengan á los primeros pasos y tomen otro camino. Es el barrio pobre y feo, y mas que feo. Las calles son embudos y los portales son agujeros que penetran en tinieblas insondables. Por mas que recuerde uno que se halla en medio de una poblacion de gente honrada (desde tiempo inmemorial las estadísticas no señalan un solo asesinato cometido en Sanremo), no puede uno menos de inquietarse. ¿Cómo se puede vivir allí, y cómo se vive? Tales son las preguntas que uno se haria si no le preocupara exclusivamente el cuidado de la gravitacion. Todo es subir y volver, y sumergirse en lo espantoso y en lo inmundum. Se comprenden estas líneas del *Homme qui rit*: «De repente Gwiplaine entró en lo inesperado.» Apresurémonos á decir que la recompensa está en la cumbre, desde donde se descubre un panorama sorprendente.

La bajada por la vertiente Occidente es infinitamente mas suave; es el camino de todo el mundo, el que me habrian indicado á mi si hubiese querido preguntar; el otro es el de los indígenas, el despeñadero de los íntimos. Conté tres iglesias en una plaza, entré en una de ellas y la ví bien alumbrada y llena de gente.

Un rótulo me dió en qué pensar en una de las calles de Sanremo. Estaba en una tienda de modesta apariencia, y decia así:

DESALVI, RESTO DE NAPOLEON I.
DÉPÓSITO DE SANGUIJUELAS.

¡Resto de Napoleón I! ¿Qué queria decir? Era un hombre que enseñaba por dinero algun resto del gran emperador? Pero ¿qué resto? No podria ser humano, seria algun retazo de



FERRO-CARRIL DE NIZA Á GÉNOVA. — Sanremo.



Bordighera.

uniforme, algun objeto de su pertenencia. Explicado este punto, faltaba explicar el «depósito de sanguijuelas.» ¿Qué relacion podia haber entre las imperiales reliquias y la vulgar sanguijuela? La oscura tiendecilla no dejaba ver nada en el interior.

Por fin, me decidí á entrar.

Un anciano se destacó en la sombra y se adelantó á preguntarme en qué podia servirme. Le manifesté el deseo de ver el resto de Napoleón I que anunciaba en su rótulo, y me dijo con el tono mas sencillo:

— Soy yo.

Y como la sorpresa se pintara en mi semblante, añadió:

— Soy uno de los últimos soldados de Napoleón... Yo he hecho la guerra de España, y de todos mis compañeros soy el único que vive... No extrañéis pues, si la impresion que he conservado de aquellos sucesos es tal, que he

querido consagrar su memoria con la inscripcion que ha llamado vuestra atencion... Como la ha llamado á otros... Al principio mis compatriotas se burlaron un poco de mí, pero yo no hice caso, y al fin acabaron por acostumbrarse á mi culto por Napoleón, que en suma era mas italiano que francés... Bien he ganado el derecho de considerarme como uno de sus restos, pues no me faltan heridas... Pero eso no quita para que todavía piense vivir mucho.

Miré al anciano y le ví efectivamente con mucha vida.

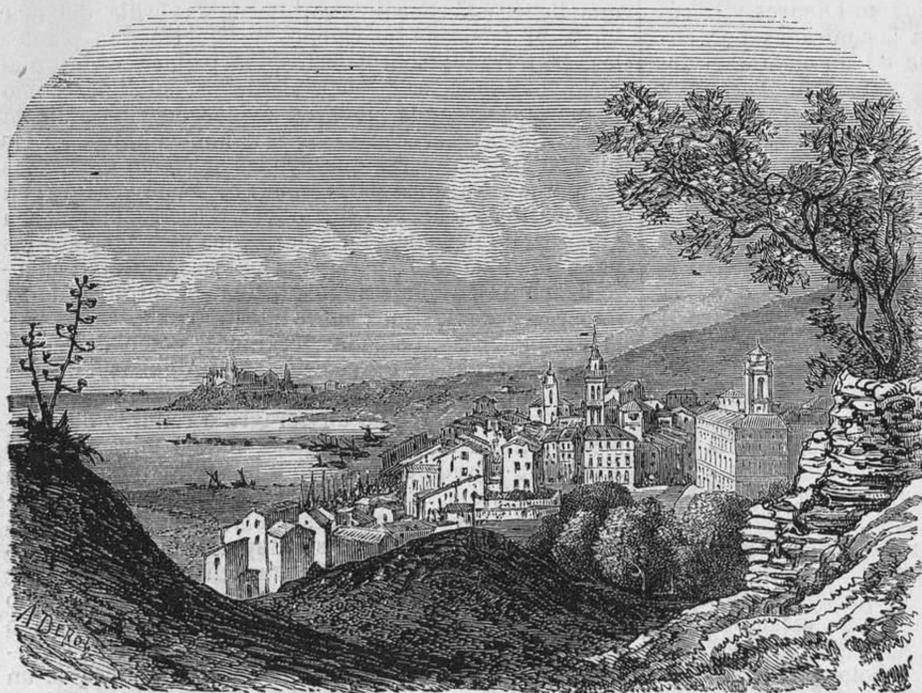
Me hizo los honores de su humilde casa y me enseñó varias estampas con marco que representaban escenas de guerra.

Lo que no me explicó fué la presencia en su cuarto de un cabriolé, sin caballo, por su puesto. Recelo que el pobre hombre duerme en su carruaje.

Me despedí de Desalvi prometiéndole que le compraria sanguijuelas, si las necesitaba.

Sanremo tiene sus celebridades, y la primera es el jurisconsulto Papiniano que nació allí y escribió sus obras bajo los reinados de Marco Aurelio y de Septimio Severo. Dudo sin embargo, que los habitantes de Sanremo conozcan mucho á Papiniano, en tanto que no pasa dia sin que pronuncien el nombre de Bresca.

Bresca es el mas popular de los hijos de Sanremo, y su leyenda amenaza perpetuarse hasta las edades mas remotas. A decir verdad, es una de las mas sencillas y á la par dramáticas de cuantas hay en Italia. Bresca era un simple capitán de buque mercante que en 1586 se encontraba en Roma por sus negocios. Un dia, llevado por los curiosos, se



Oneglia.



Finale-Marina.



— ¡Impuestos! ¡Impuestos! Con tal que sea mi casero el que los pague; adelante.

Discusion sobre los nuevos impuestos.
— Con tal que sea mi inquilino el que cargue con la contribucion, no me quejo.



— Yo comercio en algodón y estoy contra el impuesto sobre los algodones; pero me parece bien sobre los vinos.

— Yo soy vinatero y protesto contra el impuesto sobre los liquidos, pero le acepto sobre el algodón.



— Yo no me ando con bromas; puesto que el lujo no se enmienda, que pague 80 p. 100 sobre el costo de los vestidos.



Una buena enfermera.
— Cuando yo cuido á un enfermo, tiene que hacer mi voluntad. Si no toma Vd. mi medicina, se la estampo en los hocicos y me largo con viento fresco.



— No se asuste Vd., amigo, con el impuesto sobre las primeras materias. Usted, si paga, será de los últimos.



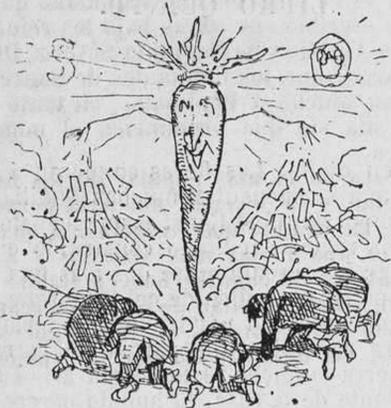
Una soltera.
— Los solterones son la plaga de la sociedad. Yo les plantaría 50 p. 100 sobre la renta á cuarenta años y confiscacion completa á los sesenta.



Impuesto sobre las mujeres bonitas.
— Amiga mia, nosotras las mujeres bonitas tenemos ventajas excepcionales: ¿por qué no hemos de pagar patente de hermosura?



El diputado y los electores.
— No se olvide Vd., señor diputado, que tiene que venir todas las noches á recibir nuestras órdenes y de paso nos convidará á tomar una copita.



Lluvia de billetes de Banco, prometida á las poblaciones cuando se haga la proclamacion del rey... Zanahoria.



Un desafio á la moda prusiana.

— ¿Qué hace usted?
— Nada. He herido á mi adversario y me llevo su reloj y su bolsillo. Haga Vd. que me pague el coche y que no se olvide el almuerzo.



— Al fin y al cabo se entenderán. Hé aquí la fusion del imperativo y del contractual.



— Para mí no hay República sin manifestaciones; y ahora es horrible; se tienen que gastar 25 sueldos para ir á Versalles.



Los bravos del Mediodia.

— ¡Muchachos! nos han tenido miedo; ni Bismark ni sus prusianos se han atrevido á venir á Marsella.



— ¡Los parisenses! Son 1.800,000, llega un marsellés tamaño, y son capaces de meterse en las cuevas.



Moraleja.

— ¡Ay! pobre Gretchen, Guillermo ha ganado 5,000 millones, no digo que no; pero nosotros no hemos recibido mas que golpes, y ahora ni barrer podemos.



Conclusion: Gran éxito y pronto á la Suscripcion de las mujeres (grandes y pequeñas) de Francia.

encontró en la plaza del Vaticano y se vió en primera fila entre los espectadores que iban á asistir á la erección del famoso obelisco que aun se admira.

La maniobra que debía ejecutarse bajo las órdenes del arquitecto Domenico Fontana ofrecía grandes dificultades. Fontana lo que mas temía era que le turbaran los gritos de la muchedumbre, y el papa Sixto V para disminuir su zozobra, prohibió bajo pena de muerte que se pronunciara una sola palabra durante la operación de la erección del monólito sobre su pedestal.

Aquella muchedumbre muda en aquella plaza inmensa debía ofrecer un cuadro extraordinario. El Padre Santo quiso asistir á la ceremonia, y desde lo alto de su trono de púrpura paseaba su severa mirada sobre el pueblo que contenía su aliento. Domenico Fontana apareció en el andamio desde el cual debía dirigir la obra: aquella mañana había comulgado y recibido la bendición papal.

Por fin se da la señal con una bandera: las cuerdas trabajan, el trozo de granito se eleva con lentitud, un minuto mas y quedará de pié sobre su base. De repente se oye un crugido: todos los pechos se oprimen, todos los ojos se abren desmesuradamente. El obelisco permanece inmóvil, no obstante la acción de las cuerdas, y luego baja algunas pulgadas. La angustia es general... Sixto V frunce el ceño.

Entonces una voz osada y vibrante se eleva del centro de la plaza, voz que sin pensar en el decreto exclama:

— ¡Agua! ¡Agua! Mojad las cuerdas.

El arquitecto, que ya desconfía, se apresura á seguir este consejo: arrojan agua sobre las maromas que se encogen de nuevo, y muy luego el gigante egipcio, en lugar de hacerse mil pedazos, se instala para muchos siglos en el pedestal de la plaza de San Pedro.

Sin embargo, con arreglo al edicto, el hombre que dió la voz (el capitán Bresca), fué preso por los suizos y llevado á los piés del trono. Sixto V no solo perdonó la vida al marinero de Sanremo, sino que «le colmó de recompensas.» Entre otros privilegios le otorgó para él y sus descendientes, el favor de suministrar palmas para su casa papal durante la semana santa. En la actualidad disfruta este privilegio el canónigo Victor Amadeo Bresca.

Esta tradición se halla confirmada en un fresco contemporáneo que hay en la Biblioteca del Vaticano, que representa á Bresca prosternado á los piés de Sixto V.

C. M.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuación. — Véase el número 996.)

XVIII.

Al día siguiente, Arabela Crane vió á M. Rugge. El día anterior supo este último por el agente de policía que William y Sofia Waife se habían dado á la vela para América. El desgraciado director corrió á la oficina de los buques de vapor, en donde inspeccionando los libros vió confirmada la fatal noticia. Al volver á su casa, como si su mala suerte quisiera escarnerle mas en su aflicción, encontró un político billete de M. Gotobed, en el cual el eminente procurador le llamaba á su oficina, para que le diera noticia de una joven actriz llamada Sofia Waife, y le insinuaba que aquella visita podría ser productiva para él. Con la esperanza de que M. Losely, cediendo á la voz de su conciencia, podía haber dado al procurador las cien libras para que se las devolviera, marchó en seguida á casa de M. Gotobed, á cuya presencia compareció en seguida.

— Perdonadme, caballero, dijo M. Gotobed con la mas fría política, pero por una casualidad he oído decir á mi primer pasante que ha oído hablar á un amigo aficionado á las carreras de caballos, de una joven actriz que había representado en vuestra compañía en Humberston durante las últimas carreras. Esa joven, llamada en los carteles Julieta Araminta, si no estoy mal informado, trabajó antes con vuestra compañía en el condado de Surrey; pero rompió los compromisos que la ligaban á vos, y abandonó vuestro teatro con su abuelo William Waife. Uno de mis mas distinguidos clientes, que por motivos de pura benevolencia, se interesa por los mencionados William y Sofia Waife, me ha encargado que averigüe su paradero. Decidme dónde se encuentran, si es que no están en vuestra compañía. Siguiendo las instrucciones de mi cliente, puedo ofrecer una generosa recompensa por el sacrificio que se os impone privándoos de vuestra joven actriz.

— Caballero, exclamó el miserable é imprudente Rugge, yo he dado 100 libras por esa niña perversa, un compromiso de tres años, y he sido usurpado. De-

volvedme las 100 libras y yo os prometo deciros dónde está y dónde está también su abuelo.

Al oír hablar tan mal de aquellos que con tan desinteresada caridad recomendaba su cliente al cauto procurador, le contestó en los siguientes términos:

— M. Rugge, vuestras palabras me dan á entender que no podeis colocar á la niña Sofia, *alias* Julieta Araminta, en mis manos. Por informarme dónde se encuentra pedís 100 libras. ¿Teneis sobre ella legalmente algun derecho?

— Ciertamente, caballero, la niña me pertenece.

— Pero es una cosa clara, que aunque sabeis dónde se encuentra, no podeis apoderaros de ella, y por consecuencia, no podeis colocarla en mis manos. ¿Ha muerto acaso?

— No, señor, ¡Dios la confunda! Está en América ó en el mar.

— ¿Estais seguro?

— Justamente vengo de la oficina de los buques de vapor, y he visto inscritos sus nombres en aquellos libros. William y Sofia Waife se han embarcado en Liverpool el juéves pasado.

— Y habian firmado una escritura á vuestro favor recibiendo vuestro dinero. Han faltado á su compromiso y se han llevado vuestro dinero. Se han portado muy mal con vos.

— Muy mal; bien podeis decirlo. ¡Oh, qué ingratitude! Yo era para ella mas que un padre. La cuidaba y la mimaba con el mayor cariño, y me ha dejado cuando pensaba tomar el teatro de York.

M. Gotobed, que ya había sacado de aquel hombre todo lo que le interesaba saber, miró su reloj y dijo:

— En efecto, se han portado muy mal con vos; pero perdonadme, tengo mucho que hacer. No puedo devolveros vuestras 100 libras, pero aceptad esta gratificación por el tiempo que os he hecho perder.

Y tirando con fuerza de la campanilla, dijo al criado que se presentó inmediatamente:

— Acompañad á este caballero.

— Aquella tarde escribió M. Gotobed á Guy Darrell, informándole de que despues de haberse afanado mucho tiempo por averiguar el paradero del cómico y la niña, por quien tanto se interesaba, había averiguado que eran unos bribones, y que afortunadamente para Inglaterra, habían abandonado el país, dirigiéndose á los Estados Unidos.

La carta llegó á Guy Darrell cuando este se hallaba rodeado de la olvidada pompa de una de las antiguas ciudades de Italia, y el cuento de la linda niña, que le refirió Lionel, no estaba muy fresco en su memoria. Supuso naturalmente que el jóven había sido engañado por la linda cara de la niña y la inexperiencia de su generoso corazón. De este modo juzgan los hombres. Dificilmente se encuentra el fiel de la balanza de la humana justicia; para hallarlo no bastan las mas pequeñas pesas; son necesarios infinitesimales granos, el mayor cuidado, la mas considerada paciencia, el mas delicado tacto. Pocos de nuestros errores, nacionales ó individuales, los cometemos con el designio de ser injustos; la mayor parte provienen de nuestra pereza, de nuestra insuficiencia para triunfar de las dificultades que se nos presentan para conocer la verdad.

XIX.

M. Rugge entró en el salon de Mrs. Crane enjugándose el sudor que cubria su frente.

— Señora, se han marchado á América.

— Ya me lo han dicho. Teneis derecho á que os devuelvan vuestro dinero.

— Por supuesto, pero...

— Aquí está; devolvedme el contrato.

Rugge al ver los billetes de Banco apenas daba crédito á sus ojos.

— Primero el contrato, dijo Mrs. Crane viendo que Rugge extendía ambas manos.

El director sacó de su mugrienta cartera aquel documento.

— En adelante, dijo Mrs. Crane, no tendreis motivos para quejaros, y aunque volvais á encontraros á la niña cesarán vuestros clamores.

Rugge se marchó, Arabela Crane llamó á Brígida.

— ¡Ah! señora, dijo la criada, nadie diría que habeis pasado fuera de casa toda la noche. Hace muchos años que no os he visto con tan buen semblante.

— ¡Ah! dijo Arabela Crane. Yo os diré por qué. Hace muchos años que no he pensado en hacer una buena acción. Esa niña... esa Sofia... ¿Os acordais con qué crueldad la he tratado?

— ¡Oh! señora, no os recrimineis á vos misma; vos cuidásteis de ella, la disteis de comer, la vestisteis, cuando su propio padre, el malvado, la arrojó de su lado para confiársela á vos, antes que á cualquiera otra persona; á vos. Cómo podiais acariciar, tratar con dulzura á esa niña, su hija, la hija de ellos?

Mrs. Crane inclinó la cabeza con tristeza.

— Olvidemos el pasado, dijo, yo he vivido para salvar á esa niña: parece que pesa una maldición sobre mi alma, y ese pensamiento me consueta. Ahora, escuchadme. Voy á marcharme de Lóndres, de Inglaterra, tal vez esta noche. Vos cuidareis de mi casa, dispuesta á verme volver el día menos pensado. Mi agente os dará el dinero que necesitéis. No os priveis de nada, Brígida. He estado economizando por espacio de muchos años, ya no necesito economizar mas, y soy mas rica de lo que parece.

— ¿Pero dónde os marchais, señora? dijo Brígida llena de admiración.

— No lo sé.

— ¡Gran Dios! ¿Es con ese monstruo de Jasper Losely? Sí, sí. ¡Ah! Sois muy débil.

— Es posible; pero yo he enlazado la vida de ese hombre á la mia como una penitencia por todas mis desgracias por haberle conocido. Hace uno ó dos días hubiera dicho con rabia, con vergüenza: «No puedo librarme de él, me aborrezco á mi misma por no poder menos de inquietarme por él.» Ahora sin rabia, sin vergüenza digo: «El hombre á quien amaba no espirará en la horca si yo le presto ayuda, y, gracias al cielo, le salvaré.»

Aquella mujer se cruzó de brazos y levantando la cabeza expresaba su rostro tanta severidad, tanta rigidez, tanta tristeza, que al mirarla hubiera sentido cualquiera una mezcla de compasión y de pavor.

— Retiraos ahora, Brígida; ya os lo he dicho todo. El vendrá aquí pronto; vendrá, debe venir, no tiene otro remedio; y entonces, entonces...

Arabela Crane cerró los ojos, inclinó la cabeza y se estremeció.

No se había equivocado. Jasper llegó; llegó, no echando alegres baladronadas, sino con un semblante torvo y siniestro. Madama Caumartin había sido arrestada; Poole se había ido al campo con su tío Samuel; Jasper había visto á la policía en la puerta de su misma casa.

— Todo se ha perdido, dijo al entrar. Aquí estoy.

Tres días despues, en una tranquila ciudad de Bélgica, en la cual el tahir que hubiera querido vivir de su profesion, no lo hubiera pasado muy bien, en una cómoda casa con vistas á una magnífica calle, Jasper Losely podía considerar en seguridad su miserable existencia. En otra casa, cuyas ventanas estaban frente á las de Jasper, vivía Arabela Crane. Cualquiera que fuera el sentimiento que ella experimentaba por Jasper Losely (y el cual no es fácil definir), cualesquiera que fueran los votos recíprocos de eterno amor que en su juventud se habían hecho, desde el día en que Jasper volvió á su patria, presentándose en Podden Place, su intimidad se había restringido con las austeras pruebas de amistad, y mas aun desde que Jasper rehusó la mano que Arabela Crane le ofrecía.

Para que las apariencias estuviesen en armonía con la realidad, el decoro de la separación de casa era esencial, conservando de este modo Mrs. Crane la autoridad de que se había revestido. De este modo se aumentaban los gastos; pero ella economizaba en los suyos para no dejar á Jasper ningun motivo de queja. Sentada al lado de su ventana opuesta, aceptaba en su soledad aquel estéril sacrificio, convirtiéndose en celosa centinela de aquel hombre. Mientras esa mujer forma mil cálculos para preservar del rigor de la justicia al malvado Jasper, ¿podría decirse que no le presenta á este una suerte la fortuna? Sí, la fortuna le presenta un medio de salvación. ¿Qué hará Losely de ese don de la fortuna?

LIBRO QUINTO.

I.

Estamos en otoño. Las flores empiezan á marchitarse, pero aun se encuentran muchas familias en sus casas de campo. Montfort Court es una mansion de una magnificencia régia. El edificio construido en el reinado de Jorge I, presenta entre dos alas una gran fachada de sombríos ladrillos de color moreno, en cuyo centro se encuentra un pórtico donde terminan dos caminos para carruajes que parten de la magnífica verja que cierra la ancha planicie sin árboles que se extiende delante de la casa. El mundo parece allí tan vasto y tan monótono, que se os quitaría la gana de pasear en aquel sitio. No se ve en las cercanías ningun pósito cercado, ni un arroyuelo de curso errante. Las almas de moderados deseos y modestas fortunas no podrian desear nunca la magnificencia de aquella vasta posesion.

Pero dirigíos al jardín situado á un lado del edificio, y al contemplar las flores de lady Montfort, en aquellos misteriosos cenadores de hiedra y madreselva, en aquellos paseos cercados de flores de otoño, entre las cuales os llamarán la atención las espléndidas dalias de mil colores, admirareis su buen gusto. Pero aquellos paseos todos dan frente á aquellas implacables ventanas exactamente iguales unas á otras. Parece que aquel hermoso jardín ha sido construido para que puedan ser vistas las personas que lo recorran.

Lady Montfort, paseándose por aquel jardín, llegaba á la puerta exterior cuando entró un jóven.

— ¡Ah! Lady Montfort, dijo este, ¡cuánto me alegro de encontraros!

— ¡Sois vos, Jorge! dijo aquella dama alargándole la mano. ¡Cuánto me alegro! Pero qué pálido estais. ¿Qué ocurre?

Lady Montfort se sentó en un banco colocado bajo la sombra de un cedro, y Jorge Morley, nuestro antiguo amigo el estudiante de Oxford, se sentó también á su lado familiarmente, pero con cierto respeto. Lady Montfort tenía algunos años mas que su primo, á quien conocía desde la niñez.

— ¿Qué ha sucedido? repitió Jorge; nada de nuevo. Acabo de visitar al buen obispo.

— No dudará en ordenaros.

— No; pero nunca me atreveré á pedirselo.

— Mi querido primo, sois demasiado escrupuloso. Vos seriais un ornamento de la Iglesia, con suficiente mérito para excusar la omisión de un deber que otro eclesiástico podría desempeñar en vuestro nombre.

Morley movió tristemente la cabeza.

— ¡La omisión de un deber! Ese deber es el que distingue á un sacerdote de un seglar. ¿Ignorais hasta dónde se extiende ese deber? No solo debe pronunciarse la palabra del Evangelio en el púlpito, es necesario pronunciarla también siempre que acudan á pedir consejo hasta en el lecho del pecador. Yo no podría ser un buen pastor. No; yo no puedo, no debo, no me atrevo.

Y su misma emoción hacia más sensible su defecto.

Lady Montfort le escuchaba con respeto y compasión, y trascurrió bastante tiempo antes de que le contestara.

Jorge Morley era el hijo menor de un caballero campesino, el cual había sido íntimo amigo de su pariente el marqués de Montfort (predecesor y abuelo del lord actual), el cual quiso asegurar á Jorge para cuando llegase á la edad conveniente uno de los más lucrativos beneficios eclesiásticos en Humberston. El que lo desempeñaba esperaba á que Jorge se ordenase para cedérselo. El joven, destinado así desde su infancia á la Iglesia, había dedicado todo su pensamiento á los estudios de su profesión. Hasta los diez y seis años no se hizo perceptible de una manera alarmante su defecto de pronunciación, defecto que por más que hicieron sus maestros, no se pudo corregir. En la universidad siempre ganaba todos los premios, y su talento causaba á todos admiración.

— ¡Qué lástima que no podais ser eclesiástico! le dijo un día una persona después de prodigarle muchos elogios.

— ¡Que no puedo! Pero si yo estudio con ese objeto.

— ¡Vos! ¿Es posible? Quizás seréis poseedor de algún beneficio eclesiástico que...

— Sí; en Humberston.

— ¡Ah! es sumamente productivo. Y en efecto, el obispo tendrá poder para ordenaros, un teniente podrá desempeñar todos vuestros deberes; pero...

Aquel pero alarmó la conciencia de Jorge Morley. Todos los bienes de su padre debían recaer en su hermano mayor; con aquel beneficio sería rico, sin él era muy pobre; pero la idea de que podría hacerse culpable aceptándolo empezó á atormentarle sin cesar. Largo tiempo estuvo irresoluto, hasta que por último escribió á lord Montfort manifestándole sus dudas, y relevando al marqués del compromiso de su antecesor. El marqués actual no era capaz de conocer tales escrúpulos; pero afortunadamente quizás para Jorge y para la Iglesia, los vastos negocios de la gran casa de Montfort no eran administrados por el marqués, en aquel tiempo estaban bajo la dirección de M. Carr Vipont, uno de los miembros más distinguidos del Parlamento y marido de aquella lady Selina cuya condescendencia había impresionado tanto á Frank Vance, el artista. M. Carr Vipont gobernaba aquel vicereinato siguiendo las reglas y tradiciones por las cuales la casa de Montfort había llegado á ser tan grande y tan próspera. No solo cada estado, sino también cada gran casa señorial tiene sus hereditarias máximas de política; lo mismo la casa de Montfort que la de Harpsburgo.

Ahora bien, la casa de Montfort seguía la regla de que todos los miembros de la familia debían ayudarse mutuamente; y de que la cabeza de la casa nunca debía consentir que ninguna de sus ramas decayese. La casa de Montfort tenía también el deber de estimular el talento de sus miembros, con el objeto de aumentar su influencia y enriquecer los anales de la familia. Siguiendo esta política tradicional, M. Carr Vipont deseaba que un Vipont Morley no perdiese tan buen destino, que un Vipont Morley brillase por sus distinciones académicas, que pudiera llegar al rango de obispo. Escribió por lo tanto una carta admirable que hizo firmar al marqués, en la cual expresaba la grande admiración que le inspiraba la desinteresada delicadeza de sentimiento de Jorge Vipont Morley, delicadeza que probaba más aun lo apto que era para la cura de almas; y poniendo á su disposición las habitaciones de Montfort Court (el marqués no estaba allí en aquella ocasión), invitaba á Jorge á que fuera allí á reflexionar acerca del beneficio eclesiástico de Humberston (cuya ciudad estaba poco distante de Montfort Court). Jorge Morley hacia algunos meses que había ido á Montfort Court, después de su entrevista con Mrs. Crane. Después aceptó una invitación que le hizo el reverendo M. Allsop, rector de Humberston, de que fuera á pasar con él una ó dos semanas. Aquel eclesiástico era de la antigua escuela, una persona instruida, un perfecto caballero, un hombre de buen humor, excelente natural, caritativo; pero que miraba los deberes de un pastor más detenidamente que los eclesiásticos de la nueva escuela que pasan por todo. M. Allsop tendría ya ochenta años, era soltero y bastante rico, por lo cual se sentía dispuesto á dejar á Jorge sus cargos al oír los escrúpulos que este último alimentaba, no pudo menos de conmovirse y concebir un gran cariño por el joven estudiante. Una sobrina que vivía con él á la sazón, participó de aquel afecto de una manera menos manifiesta, pero más tierna; y

Jorge Morley se enamoró de ella. Con aquel beneficio sería bastante rico para casarse; sin él, no.

Durante su visita, los escrúpulos de Morley se calmaron; pero cuando volvió á su casa se hicieron mucho mayores, porque comprendía que no ya solo su ambición espiritual, sino también un amor mortal le hacía oír en su interior la voz del egoísmo. Una semana antes de la fecha de este capítulo, volvió á la Rectoría de Humberston: ya no estaba allí la sobrina. Jorge había examinado más austeramente la condición del rebaño que debía guiar, si aceptaba aquel cargo, y los deberes del pastor en aquella populosa y comercial ciudad, Humberston, como muchas ciudades colocadas bajo la influencia política de una gran casa, podía considerarse dividida en dos partidos: uno de ellos siempre conseguía ser representado en el Parlamento por uno ó dos miembros, todos de la casa Montfort; el otro partido también conseguía enviar algún representante en oposición á los primeros. De modo que cualquiera que procediera de Montfort Court, podía estar seguro de ser considerado por la mitad de la ciudad como un elemento maligno.

A pesar de que M. Allsop gozaba de bastante popularidad en las clases elevadas, y de su caridad con las clases pobres, su influencia pastoral era generalmente muy escasa. Su teniente, que predicaba por él, era un hombre bastante honrado, pero poco á propósito para la iglesia. Jorge Morley comprendía que en Humberston hacia falta un buen predicador. Cediendo á las instancias de Carr Vipont, el obispo de la diócesis le envió á llamar á su palacio, y le dijo: «Yo cargaré con la responsabilidad. Si me pedis que os ordene, lo haré sin vacilar, pues si la iglesia necesita predicadores, también necesita pastores instruidos y virtuosos.»

De aquella entrevista llegaba Jorge Morley cuando anunció á Lady Montfort su resolución. Esta, después de una larga pausa respondió con una voz tan dulce, que su sonido era un bálsamo consolador para aquel espíritu agitado:

— Jorge, no debo argüir con vos, me humillo ante la elevación de vuestros motivos, y no me atreveré á decirlo que no teneis razón. Siento, que si sacrificais así vuestras inclinaciones é intereses á escrúpulos tan puros y tan santos, no os atormentará nunca el remordimiento. Pobre ó rico, soltero ó casado, un alma que así busca el reflejo del cielo siempre estará serena y bendita.

Así continuó hablándole algún tiempo con palabras dulces y consoladoras, después fué gradualmente insinuando en su alma las esperanzas de otro género de vida; la literatura le abría un campo vasto, aun conservaba la pluma del instruido estudiante, ya que no la voz del orador. Cuando cesó de hablar, su primo, admirando en ellas nuevas cualidades que de tal modo habían cambiado el curso de sus emociones, exclamó con una vehemencia que casi hizo desaparecer su defecto de pronunciación:

— ¡Qué buena consejera sois! ¡Qué dulcemente sabéis consolar! Si fuera Montfort menos dichoso ó tuviera más ambición, ¿qué mayor tesoro, qué consuelo mayor pudiera anhelar que el que vos ofrecéis?

Al oír aquellas palabras, la sonrisa desapareció de los labios de aquella dama, que tenía reputación de altanera y reservada, sus ojos, que antes brillaban con tanta dulzura, adquirieron otra expresión, y el tono de su voz no era ya el mismo cuando respondió:

— Lord Montfort me aprecia en más de lo que valgo; en más, añadió con diferente entonación, más melancólica.

— Perdonadme, os he disgustado. No he debido hablar así. No permita Dios que pueda yo nunca decir nada ofensivo á lord Montfort ó... ó... á...

Aquí se detuvo en un conveniente tartamudeo.

— Pero, prosiguió después de una pequeña pausa; perdonadme por esta vez. Me acordaba de cuando yo era un niño y vos érais una señorita, y os arrojaba jugando bolas de nieve, y os llamaba *Carolina*.

Lady Montfort volvió á mirar al estudiante con una graciosa sonrisa, pero no una sonrisa que pudiera permitirle llamarla otra vez *Carolina*.

La conversación no se prolongó ya mucho. Morley, conociendo que la había ofendido indiscretamente, alegó un pretexto para marcharse.

— He recibido una carta de M. Carr Vipont, dijo, pidiéndome que le haga un diseño de aquel puente gótico de allá abajo. Permittedme que me dirija á aquel sitio, y perdonad lo que os he dicho.

— Sí, os perdono, primo Jorge. Una palabra más. Es cierto que vos érais un niño cuando yo era ya una mujer, y teneis derecho para hablarme de todo excepto de aquello que tenga relación conmigo y lord Montfort, á no ser, añadió con una encantadora sonrisa, á no ser que os importe verme resentida. Adios, primo mio, y perdonadme en cambio si os he hablado con alguna petulancia. La *Carolina*, á quien arrojábais bolas de nieve, fué siempre caprichosa; pero no quisiera ofenderos.

Y lady Montfort volvió á seguir su paseo más lentamente que antes en dirección á la magnífica casa, fijando de nuevo sus ojos en las ochenta ventanas. Penetró en el interior, y fué recorriendo sus solitarias habitaciones, en cuyos espejos se reflejaba su forma hasta que entró en su cuarto, y se dejó caer en un sillón. Fijó su mirada, en la cual se advertía el cansancio, en el reloj, en algunos libros colocados en un armario, y en un arpa próxima á la ventana. Después dejó caer sobre la mano la cabeza, y su semblante ex-

presó una tristeza, una tristeza tan humilde, que cualquiera que la hubiese encontrado en aquel momento, hubiera extrañado que lady Montfort fuera tenida por orgullosa.

— ¡Riquezas! exclamó. ¡Falsos bienes que solo pueden engañar á la credulidad de los necios! ¡Cómo las desprecio!

El ayuda de cámara entró con las cartas del correo de la tarde. Aquella gran casa tenía dos correos diarios. La corte marchaba á Windsor.

— Mas sola estaré en la corte que aquí, murmuró lady Montfort.

II.

Jorge Morley siguió entre tanto el enarenado paseo lleno de rosas y plantas exóticas, hasta llegar al gran estanque.

De repente se detuvo acometido de una idea extraña. ¿Su defecto era incurable? Sus maestros de elocuencia no le habían dicho que no; pero ninguno de ellos le propuso el medio de corregirlo. ¿El más eminente orador no había sufrido el mismo achaque? Jorge Morley nunca había experimentado el efecto de los guijarros. Nuestro joven, imitando á aquel hombre célebre, se llenó la boca de guijarros, que por allí los había en abundancia, y mirando en torno suyo para convencerse de que no tenía espectadores, empezó un estemporáneo discurso. En su clásico experimento daría tormento al aire y admiraría á las urracas por espacio de más de una hora, cuando, lleno de vergüenza por su impotencia en aquel ejercicio arrojó los guijarros, y dejándose caer sobre la tierra, empezó á llorar como un chiquillo engañado.

Y era el caso que Morley tenía realmente el genio de un orador, él lo sentía, lo conocía; y en esa desesperación que únicamente experimenta el genio cuando algún obstáculo pone un dique á la energía de sus facultades, tomando por confidente á la sociedad empezó á suspirar en alta voz.

(Se continuará.)

La Hungría.

(Apuntes de viaje.)

La verdadera Hungría no comienza sino pasado el puente de Szolnock. El raro viajero que llega á la mitad del puente vacilante construido sobre el Theiss, descubre una inmensa llanura, entrecortada de pantanos, adonde acuden miles de aves acuáticas, y malos caminos ó senderos que cada cual sigue al acaso y que en ciertos momentos se hallan obstruidos con carretas tiradas por bueyes y con esos vehículos de aldeanos que llevan de frente cinco ó seis caballos con las crines al aire. Una impresión melancólica se apodera del viajero en presencia de ese vasto horizonte, liso y sereno, cuyo uniforme interrumpe el perfil de alguna noria que se destaca en el cielo. Esas estepas dan una idea del desierto; pues en la estación de los grandes calores, reproducen como el desierto los singulares efectos del espejismo y en medio de los largos llanos abandonados á los pastos, se cree ver de repente á cierta distancia alguna fuente rodeada de árboles, y en el horizonte grandes lagos que se desvanecen á medida que uno se acerca. Por la noche las llanuras se cubren de hogueras de pastores y parecen estrelladas. Los pastores que viven en las estepas tienen los hábitos nómadas de los hunos, sus antepasados, una cabaña ambulante con algunos jarros para la leche y algunos utensilios domésticos forman todo el ajuar. Cuando la yerba escasea, el pastor seguido de su rebaño, va á establecer más lejos su domicilio. A veces se construye una choza de cañas, habitación provisional que abandona más fácilmente que el árabe no cambia su tienda.

En el territorio comprendido entre el Theiss, el Koros, el Moros y el Danubeo, es donde la nación húngara ha conservado más pura su constitución física y la herencia de sus tradiciones y costumbres nacionales. La raza magyar se divide en varios troncos: los *Palotcz*, que habitan los Carpatas; los *Seckler*, que viven en la Transilvania, y los *Kumanienses*, *Jaziger* y *Heyducos*, que ocupan la llanura. Esta raza caballeresca se distingue por la nobleza y fiereza de la fisonomía, cuyo tipo común se encuentra en todos, lo mismo en el gran señor que en el aldeano. Éste es hospitalario: en cuanto un forastero entra en su cabaña, su primer impulso es repartir con él lo que tiene y jamás se acuerda de preguntar los motivos que le han llevado á su tierra.

Una de las grandes sorpresas que esperan al viajero que atraviesa las estepas de Hungría, es la de ver los numerosos palacios, donde los nobles húngaros viven en medio de la elegancia y de un lujo exterior que contrasta con la soledad y desnudez de los sitios contiguos. Generalmente están confinados en esas habitaciones señoriales á las cuales no se llega las más veces sin atravesar pantanos ó un polvo profundo.

En el otro extremo de la escala social, están las poblaciones pastoriles que viven lejos de toda aldea, en medio de una completa soledad.

Cuando los magyares que emigraron del Asia bajo la presión de causas desconocidas, llegaron a establecerse en el país que hoy ocupan, rechazaron a las poblaciones por medio de las cuales se abrieron paso, y de aquí procede que les rodean pueblos eslavos lo mismo al N. E. por parte de Polonia, que al S. O. por parte de Croacia. Por esto se ha comparado la nacionalidad magyar con una isla verde en medio del océano eslavo.

Además de los eslavos, los válaeos y los alemanes que, con los magyares forman el fondo de la población, se encuentran también en Hungría húngaros, armenios, griegos, judíos y esas hordas singulares designadas con el nombre de *Tsiganes* (Zingaris), é impropriamente con el de gitanos, cuyo origen es todavía un problema histórico. Son 30,000 en Hungría y 70,000 en Transilvania.

Esos nómadas, los últimos que llegaron del Asia, no se han mostrado accesibles a la civilización. Casándose entre ellos, han conservado toda la aspereza de su fisonomía y costumbres. Así sucede que ante ese tipo persistente y tan marcado, todos los demás palidecen, aun los más caracterizados, como los válaeos de expresión enérgica, los válaeos, que son descendientes de los antiguos colonos romanos. Esos pueblos nómadas medio paganos, y sin reverencia por la noción del tuyo y el mío, constituyen en todas partes vecinos muy molestos, y puesto que no es posible civilizarlos,

se trata siempre de alejarlos. El gobierno austriaco parece ha querido dirigirlos hacia el Egipto y la Argelia, en donde habrían colonizado algún territorio; pero sus tentativas han sido infructuosas. Los Tsiganes continúan los unos errando y acampándose aquí y acullá, y los otros viviendo en las estepas en un campamento bastante considerable, cuyos aproches son difíciles a causa de los perros, más feroces todavía que sus amos. Algunos de ellos viven en las extremidades de las aldeas, en agujeros abiertos en la tierra y cubiertos con cañas y ramajes.

Y esa raza de párias errantes en Europa, donde viven haciendo toda clase de oficios y cometiendo mil fechorías, posee ciertos dones de organización que se manifiestan particularmente en su afición a la música. La música húngara tan original y apasionada, no tiene mejores intérpretes que los Tsiganes. Esos singulares artistas de apasionada inspiración, ejecutan admirablemente esa música tradicional que quizás trajeron consigo de Oriente, y que pasa sin transición de la alegría a la tristeza, de la alegría dulce y lastimera a una desesperación salvaje.

Otros tipos variados se ofrecen también en las fronteras. En una zona estrecha, pero que se extiende a lo largo de las fronteras del Sur, se hallan establecidas las *colonias militares*. La fundación de esta institución cuya existencia es tan extraña en Europa, siguió a la caída de la monarquía húngara, después de la batalla de Mohacz (1526). En un principio fueron las tropas alemanas las que ocuparon las guarniciones de las fronteras de Croacia. Después las reemplazaron serbios y croatas, y fugitivos, ustokes, albaneses, macedonios, procedentes de Turquía, y a los cuales el gobierno concedió tierras mediante un servicio militar y de observación contra la Turquía. Cuanto más se consolidó el poder en las provincias arrancadas a los turcos, mayor fue el número de los súbditos cristianos que pasaron la frontera para librarse de la dominación turca. La gran extensión de las fronteras militares, tuvo efecto por los años 1764 — 1766; entonces formaron una barrera que iba desde el mar

Adriático hasta las fuentes del Dniester. Una vez en las fronteras militares, cesa toda jurisdicción civil; pero el rasgo característico de las fronteras militares de Austria, es el modo particular con que se administra allí la propiedad en beneficio común. El colono militar da noventa días por año para el servicio del puesto y puede emplear lo restante del tiempo en el cultivo de los campos ó en las faenas domésticas. Sus casas se llaman *comuniones*. No es en verdad una cosa bien extraña esa mancomunidad de bienes, ese *comunismo*, para llamarle por su nombre, no en el estado de teoría, ni siquiera de ensayo de realización, sino establecido, con raíces en el suelo y ya consagra-

do por el tiempo en uno de los Estados de Europa que seguramente no es sospechoso por las tendencias socialistas? El autor de los dibujos que publicamos, M. T. Valerio, ha traído de su viaje una colección de tipos, interesantes todos por las fisonomías y por los trajes. La cartera que hemos examinado contiene varias series:

1ª Sobre las poblaciones húngaras de las llanuras, como los Jaziger, Heyducos y Kumanienses; 2ª Sobre las poblaciones eslavas y húngaras de los Cárpatos; 3ª Sobre las razas Tsiganes; 4ª Sobre las poblaciones válaeos; 5ª Sobre las poblaciones eslavas de las fronteras militares de la Croacia y de la Bosnia. De esta colección reproducimos los tipos de esta página.

J. DE P.



Pescadores húngaros de las orillas del Theiss.



Aldeano eslovaco de Tyrnau.

VALERIO



Mujer casada de Arokszallas.

VALERIO